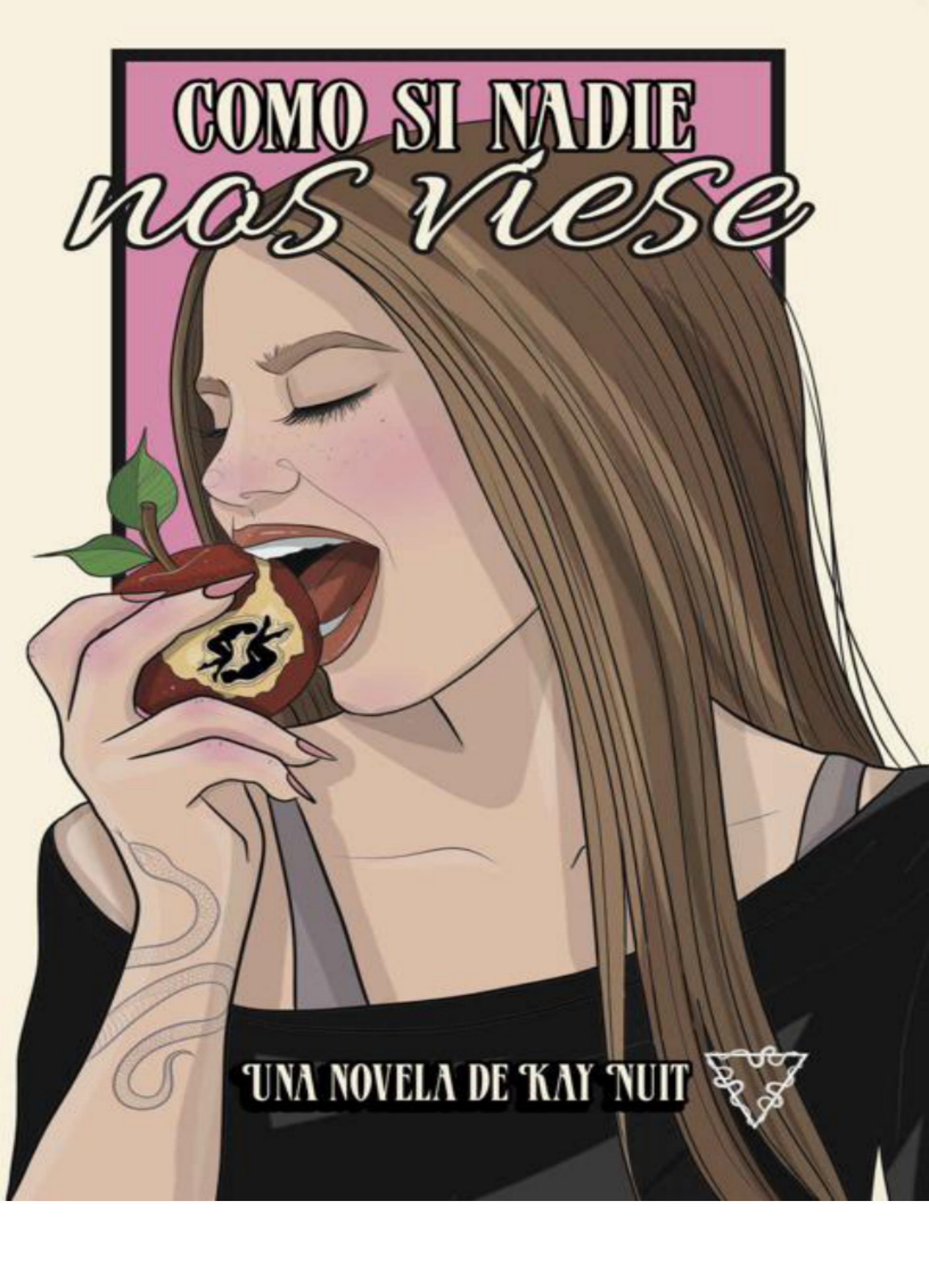
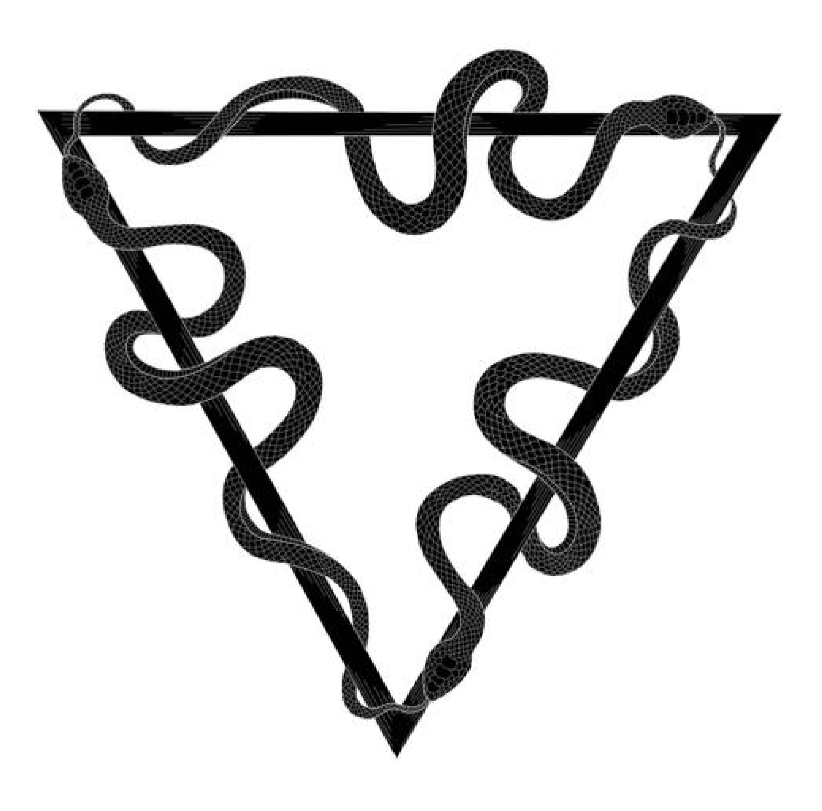

COMO SI NADIE
nos viese
UNA NOVELA DE KAY NUIT

Como si nadie nos viese

Kay Nuit



GLAM ETERNA

Julio 2023

Web: https://glameterna.com/
Contacto: hola@glameterna.com
Corrección: María Bravo
Maquetación: Alejo Pérez

La rosa y la amapola son sus flores, pues, ¿dónde
podremos encontrar, oh, Lilith, aquel a quien no engañen tus fragancias, tu beso delicado y tus dulces sueños?

En el mismo instante en que ardieron los ojos del joven en los tuyos, tu hechizo lo atravesó, quebró su altivo cuello, y su corazón se retorció con uno solo de tus dorados cabellos.

Lilith, Dante Gabriel Rossetti

Dedicado a ti,
ser anhelante de lo prohibido,
libidinoso y secreto.
Dedicado a ti,
para que algún día,
no sé cuándo ni dónde,
al fin perviertas con dulzura su alma incorrupta.

Índice

Lucas (1)

Conducía intentando no dormirme por el camino. Por suerte llovía, y las gotas, al golpear la luna delantera del coche, impedían que cerrase los ojos por momentos. Eso y el CD que tenía puesto de Despistaos, un grupo que descubrí hace años al ver una serie de adolescentes que para nada le pegaba a un tipo como yo. Pulsé el botón de avanzar canción hasta que llegué a la que me gustaba de ese disco, y tarareé mi parte favorita:

…si te parece, yo pago la cena y brindamos para celebrarlo con copas de amor a la luz de tus piernas. ¿Qué quieres que diga, si ya no me entero? Que doy lo que sea por mojarme en ti…

En lo único que pensaba al volver a casa después de un largo día era en echar un buen polvo con mi novia Dafne. Pero claro, eso era imposible porque siempre que nos acostábamos ella se limitaba a permanecer a mi lado con el rostro iluminado por su teléfono. Le encantaba ver algún que otro capítulo de alguna serie aleatoria antes de irse a dormir. Yo solía acercarme por detrás, y le daba un beso en el hombro y después en el cuello. Y a veces daba resultado, quizá una o dos veces por semana. De esa forma, podía al fin dormirme. El resto de los días, no me quedaba otra opción que marcharme al baño y masturbarme fantaseando con mil y un escenarios distintos. Y en ninguno de ellos aparecía Dafne, lo reconozco. Ya ni recordaba cuándo había sido fácil el sexo con ella.

Conseguí aparcar a la primera y justo delante de la puerta de nuestra casa pareada. Era lo bueno de vivir en un lugar alejado de la gran ciudad como lo es Sa Ràpita. Todo gracias a Dafne y a la herencia que le dejaron sus abuelos a ella y a Anabel, su hermana. Por suerte (o por desgracia) esta última se había ido de Mallorca hacía unos años… Eso sí, si alguna vez su hermana se separaba de su novio y volvía a la isla, tendríamos que cederle alguna habitación. O si a ambos les iba mal el negocio de él y tenían que refugiarse en alguna parte. Ese fue el trato.

Al bajarme de mi coche, me fijé en las luces navideñas de colores que habían puesto algunos vecinos en sus portales, y sonreí de forma amarga. Aquel año no decoramos el exterior, simplemente nos limitamos a colocar un triste arbolito de Navidad en el salón. Justo en ese momento se acercó un coche. Era Kevin, mi vecino de enfrente. Aparcó también delante de su puerta y se bajó a toda prisa. Ni alcanzó

a verme, ya que la lluvia no remitía. ¿Quién hubiese adivinado aquella soleada mañana que por la tarde caería aquel chaparrón? Lo bueno de aquello era que las calles se limpiaban, y quedaba en el ambiente ese reconfortante olor a tierra mojada, petricor lo llaman.

Saqué las llaves a toda prisa, entré en el porche de casa y abrí la puerta. Enseguida me invadió un aroma familiar, aunque no supe bien de qué se trataba. Las luces estaban encendidas y la calefacción a tope. Maldita sea, pensé, ya verías qué gracia me hacía cuando viese llegar la factura de la luz. Al menos el arbolito que había junto al televisor tenía las luces de led. ¡Vaya un consuelo!

Se escuchaban algunas voces al fondo, parecía que en la cocina. Dejé mi chaqueta en el colgador junto a la puerta y, cuando estaba a mitad de camino hacia la cocina, las voces se apagaron y escuché unos pasos que se acercaban. No tardé en ver a mi novia y a su hermana Anabel con una expresión de felicidad increíble.

—¡Sorpresa! —gritaron al unísono.

Anabel corrió hacia mí y yo abrí los brazos, sonriéndole como un tonto y acogiéndola en un fuerte achuchón. Al levantarla unos centímetros del suelo, como siempre, noté sus dos pechos operados pegados a mi esternón.

Claro, me dije, aquel perfume que había percibido nada más entrar era el de ella, aún seguía usando el mismo. Lo que más me incomodó fueron aquellos pantalones vaqueros cortos con flecos. Y cuando digo «cortos» me refiero a bastante cortos, hasta se le salían los bolsillos. Y encima tenía unas de esas piernas que yo considero un diez: muslos portentosos y gemelos fuertes, pero sin ser demasiado musculosas, todo en su lugar, bien moldeado por el deporte. Y eso que no llevaba tacones, solo unas zapatillas de deporte blancas con algo de plataforma.

Anabel medía casi metro sesenta, y a mi lado parecía una pequeña estatua de patio. Dafne, por el contrario, era diez centímetros más alta que ella y un poco más delgada, pero con algo más de caderas; aunque, al ir con pantuflas, medía casi igual que su hermana. Aquella noche, Dafne llevaba unos vaqueros largos y una camiseta holgada y desgastada color rojo que solía usar para estar por casa. Anabel vestía una similar, pero de color amarillo pálido.

—¿C-cuándo has llegado? —le pregunté al separarnos. ¿Acaso lo había dejado con su novio? Pensé de pasada.

—¡Esta tarde! Le dije a Dafne que no te contase nada porque me gusta ver la cara que pones cada vez que vengo a veros sin avisar. Y, cómo no, el saludo-abrazo que me das con esos musculotes fuertes que tienes.

Miré a mi novia y arrugué la nariz. ¿Qué culpa tenía yo de tener esa genética? Vale que era un hombre de piel negra y hacía algo de

ejercicio en casa y por los alrededores, pero tampoco me mataba tanto para estar así de fuerte. Supongo que heredé el físico de mi padre. Aunque él no tenía que ir al gimnasio, ya que el trabajo en la obra le bastaba para estar como un roble.

—Ah, muy bonito —bromeé—. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Hasta después de Nochevieja, creo que hasta el día dos o tres, así podemos pasar las fiestas juntos —dijo con expresión triste—. Pero no os preocupéis, la próxima vendremos los dos, y por mucho más tiempo.

Con «los dos» se refería a su novio Miguel y a ella, y eso hizo que me mordiese el labio inferior y me quedase pensativo. No sé por qué, pero no me gustaba que hablase de él en según qué momentos.

—Pero, vaya —continuó—, he elegido justo unos días malos malos para venir.

—¿Lo dices por la lluvia?

Dafne se acercó a nosotros y me dio un beso en los labios.

—¿Qué tal el trabajo? —me preguntó, acariciándome la nuca.

—Por suerte ha sido un día bastante tranquilo —mentí—. Me pasé la tarde redactando lo de la noche.

Y es que mi novia no sabía que, hacía un par de meses, me habían despedido de la televisión. Porque trabajaba como periodista de informativos. La cabrona de mi jefa se había querido acostar conmigo y yo me había negado rotundamente. No, no y no. Y ella dale que te pego. Y al final, un día llegué a la oficina y tenía la carta de despido sobre la mesa. ¿Denunciarla? ¿Para qué? No tenía ni para pagar un abogado de los baratos. Y jamás estuve afiliado a ningún sindicato, por eso me quedé sin el paro y sin posibilidad de pedir una indemnización. El problema era que estaba tirando de los pocos ahorros que tenía y también de tarjetas de crédito, y eso tarde o temprano se acabaría si no encontraba un nuevo empleo. ¡Menos mal que Dafne no tenía acceso a mi cuenta y no teníamos que pagar una hipoteca!

Lo que hacía desde que salía de casa era un paripé hasta que encontrase otra cosa: tiraba currículums por aquí y por allá, a veces iba a ver a mis padres; otras, quedaba con algún amigo o me iba a tomar un café por Palma o dar una vuelta por ahí. Porque, claro, no quería tener encima a mi novia quejándose de mi situación laboral como en otras ocasiones que también me había quedado sin trabajo porque se me había terminado el contrato y había tardado lo mío en encontrar empleo.

—Te veo preocupado, *cuñi* —dijo Anabel posando la mano sobre mi bíceps, casi apretándolo. Odiaba que me llamase *cuñi*, pero ella erre que erre. Pero quizá era mejor que decir todo el tiempo *cuñado* o mi nombre.

—E-es solo c-cansancio. ¿Queréis pedir algo para cenar? —pregunté.

Mi novia me sonrió y me acarició el otro bíceps.

—Ya lo hemos hecho.

—¡Ah!, ¿sí?

—¡Comida china! —gritó Anabel con emoción—. No sabes lo que echaba de menos comer rollitos de primavera o tempura de verduras.

—Cierto, que en tu pueblo no había, o algo así recuerdo que me dijiste.

—Ya, ya, ni me hables de ese tema —dijo con resignación.

En ese momento tocaron el timbre y los tres nos giramos hacia la puerta. Mi novia sacó la cartera de su bolsillo y corrió a abrir. Como mantenía el secreto de mi trabajo, preferí no hacer ademán de pagar. Mientras recogía la comida, Anabel alzó los brazos, como si quisiese sacar bola y levantó el mentón.

—¿Dan o no dan resultados las clases privadas de *fitness*? —me preguntó.

—Eh… N-no sé, te veo más o menos igual.

—¿De mal? —rio ella dándome un golpe amistoso en el brazo.

—De bien, claro —dije rascándome la nuca y mirando al suelo, aunque de pasada recorrí aquellas piernas perfectas.

Mi novia cerró la puerta mientras sostenía tres bolsas blancas repletas de bandejitas de aluminio repletas de comida china. Todo el recibidor y el salón olían a salsa agridulce. Y al pensarlo, sentí que no solo era un olor, sino una sensación. Sí, agridulce, de sentimiento, de fuera de lugar, deseando algo a causa de mi cansancio o mi falta de sexo.

Cenamos charlando y poniéndonos al día después de esos últimos meses a distancia. Porque Anabel y su novio nos visitaban cada tanto. Vivían en un pueblito alejado de Asturias que siempre se me olvidaba el nombre que tenía. Su novio, como trabajaba todos los fines de semana en un bar que regentaba, casi nunca podía viajar con ella. Y así pasaba el tiempo, viéndonos cada cuatro o cinco meses. Porque ella solo hacía de ama de casa, algo que parecía que le apetecía y era feliz con ello. No podía entenderlo, una chica joven como Anabel de treinta y tres años y con tan pocas aspiraciones en la vida. Si no hubiese sido tan bajita, podría haber trabajado de modelo o de vete tú a saber.

—¿Y eso de que no hay ningún *chino* en tu pueblo? —le pregunté mientras me metía en la boca un trozo de coliflor con tempura. Usaba los palillos de madera que siempre regalaban, pero no se me daba nada bien comer así. Ellas, en cambio, directamente cogían cuchillo y tenedor.

—Había uno, pero lo acabaron cerrando.

—Mejor —dijo mi novia dándole un trago a la naranjada—. Así

tienes un motivo más para venir, ¿no?

Ambas rieron, y yo me quedé en silencio mientras acababa mi plato.

—Por cierto, os voy a bajar unas mantas —dijo mi novia poniéndose de pie—. Aunque igualmente dejaré la calefacción puesta. —Al escuchar eso, no pude evitar apretar la mandíbula. La luz, ¡el recibo de la luz! Y yo sin trabajo. Si ella supiese…

—Oye, que, si no, me pongo un jersey y tan apañada, que la luz no la regalan —dijo Anabel. Yo sonreí y asentí al escuchar eso.

Nos quedamos solos. Oí cómo mi novia subía las escaleras hasta el primer piso. Y me acabé la cena. Deliciosa, aunque se notaba que algunos platos estaban recalentados. El viejo truco, sí señor.

—¿Te ha gustado? —le pregunté.

—Mucho —dijo ella tragando—. No sabes las ganas que tenía de mis rollitos.

—¿Solo de eso?

—Y de veros —dijo mirándome fijamente con una amplia sonrisa. El labio superior le brillaba a causa de la salsa agridulce.

—Yo también… D-de verte o-o… De veros, claro.

Y así nos quedamos, mirándonos en silencio, escuchando cómo mi novia abría el armario de nuestro dormitorio.

—Te veo cansado, *cuñi.*

—¿Eh? ¿Tanto se me nota? —reí.

—Claro, tienes un poco de ojeras, y eso que con tu tono de piel es bastante difícil de ver. ¿Cuándo te coges vacaciones?

—Tengo que… tengo que esperarme a verano —mentí.

—Oh… Pues, si coincides con Dafne, podéis venir los dos a verme. Bueno, a vernos. Miki siempre pregunta por ti.

—¿Cómo le va en el bar?

—Entre semana algo flojo, pero llega el finde y es un no parar.

—Lógico, la gente y sus vicios.

—¿Vosotros ya no salís por ahí?

Escuché que mi novia se metía en el baño del primer piso.

—Muy poco, cuando nuestros pocos amigos se ponen de acuerdo con sus parejas e hijos.

Ella se puso de pie y se acercó a mí. Temí que me fuese a preguntar si Dafne y yo tendríamos descendencia algún día.

—Saber que vengo a Mallorca de vez en cuando me da ánimos para entrenar duro. Eso y que así puedo comer lo que me da la gana. Te pregunto a ti que cómo me ves, ya que de la zorrona de mi hermana no puedo fiarme un pelo.

La miré. La observé detenidamente. De nuevo clavé la mirada en aquellas piernas, las cuales había fotografiado con mi teléfono en más de una ocasión, pero siempre en verano, cuando ella las mostraba sin reparos. Lo había hecho a escondidas, sin que nadie se diese cuenta, y

solo para estudiarlas cuando tuviese unos segundos, quizá unos minutos de soledad. Como era lógico, las fotos estaban dentro de una carpeta de mi teléfono, protegidas con contraseña. Pero como verlas en persona no había nada igual, he de reconocerlo. Lástima que, para contemplarlas al descubierto, tenía que esperar siempre al verano. Al menos había algo positivo en que Dafne hubiese puesto la calefacción. A mi novia le gustaba ponerla a tope y luego la factura la pagaría el vecino, porque yo…

Después de estudiar sus muslos, subí la mirada y me encontré con aquella camiseta holgada. Aunque llevase sujetador, se le insinuaban bastante los pechos operados. Siempre había pensado que no le pegaban mucho con el resto del cuerpo, incluso la hacían más bajita de lo que ya era.

—Ya te dije antes que… —dije mirando hacia los restos de comida.

—Ya, que me ves igual —dijo ella avanzando una pierna y flexionando la otra—. Fíjate qué flexibilidad y, ¡ojo!, mira qué duros tengo los gemelos.

Me quedé perplejo al escuchar aquello. Sabía que ella era cariñosa y que actuaba con naturalidad conmigo, pero aquella situación me resultaba algo incómoda. En mi época de soltero, por tonterías así, viví muchos malentendidos, aunque también disfruté de muchas alegrías, no lo voy a negar.

—Toca, toca —insistió desde su postura flexionada.

Avancé la mano temblorosa hacia aquella pierna moldeada por el deporte y, con el dedo índice, palpé rápidamente el gemelo. Lo tenía duro, pero en su punto. Ni demasiado blando ni demasiado firme. Cómo hubiese deseado hacerle una foto, solo una.

—Ay, chico, qué soso eres —rio ella—. ¡Agárralo fuerte, hombre!

—Ya, sí, se te ve en forma —dije poniéndome de pie e inclinándome hacia los platos.

Ella seguía riendo y se tapaba la boca. Cuando me giré hacia Anabel, me di cuenta de que se había puesto completamente roja.

—¿Qué…? —comencé a decir, percatándome de algo—. Oh, vaya. Lo siento.

En ese momento, me uní al club de Los Caras Rojas. Sí, no me podía sentir más avergonzado. Ella había visto la erección bajo mi pantalón y yo, torpe de mí, no me había percatado de que estaba así al ponerme de pie.

Me di la vuelta y seguí apilando los platos como si allí no hubiese pasado nada.

—No tienes por qué sentirlo —dijo ella parando de reír—. Mira, con eso que he visto me doy por satisfecha y respondida.

—¿A qué te refieres?

—Ay, jo, no me he explicado bien. Que con eso es como si me

dijeras que estoy más buena que hace años. No te preocupes, *cuñi*, somos de carne y hueso, ¿no? —dijo ella acariciándome la espalda—. Por suerte, a nosotras no se nos nota cuando algo nos pone cachondas.

—Claro, claro, pero igualmente lo siento. No era mi intención ponerme así, y menos contigo. Y de cachondo nada, ¿eh?

—Claro, ¡nada de cachondeo! —rio, pero paró en seco al percatarse de que yo estaba incómodo. —Jooo, vale, vale, no te insisto más —bromeó—. Por mí olvidado, lo prometo. Aquí no ha pasado nada.

Escuché que la puerta del baño se volvía a abrir. Los dos nos marchamos hacia la cocina y dejamos los platos dentro del lavavajillas y las bandejas en la basura. Cuando ella me dio la espalda y se dirigió hacia el cesto metálico donde teníamos la fruta, volví a recorrer con la mirada aquellas piernas tan bien moldeadas. Justo en la cara interior del muslo derecho, me pareció ver un tatuaje de un triángulo invertido. Además, junto a la ventana de la cocina me percaté de que había un jarrón transparente con unas flores blancas. Como no lo había visto esa misma mañana, me llamó la atención.

Anabel escogió la manzana más roja y perfecta de las que había. La sostuvo con una mano, la observó durante unos segundos y le pegó un gran mordisco.

—¿Quieres? —me preguntó extendiendo la fruta con la muesca bien visible.

—Oh, no, gracias, me he quedado lleno con la cena.

—¿Seguro? —añadió con gesto serio, levantando una ceja y se acercó a mí. Fijé la mirada en la manzana, pero se me desvió de nuevo hacia sus piernas desnudas.

¿Por qué de todas las cuñadas del mundo me había tocado justamente a mí esa? Podía haber sido un adefesio, alguien insulso, con un cuerpo que no me atrajese o no me llamase la atención, pero no. Con otras parejas que había tenido no me había pasado eso, porque siempre habían tenido hermanos y no hermanas. Y daba igual que Anabel a veces no me cayese del todo bien o no fuésemos compatibles en casi nada, su cuerpo (y sobre todo sus espléndidas piernas) lo eclipsaba absolutamente todo.

—Está bien, le daré solo un mordisco —dije cuando ella se colocó a mi lado.

Anabel me acercó la manzana a la boca, por el lado de la muesca, intenté esquivarla, pero me fue imposible.

—Es mejor morder sobre mordido, *cuñi* —dijo ella riendo—. Sabe mucho más dulce y evitas tanta piel.

Al volver al salón, descubrimos a mi novia colocando las mantas encima del sofá. Se las había regalado la Navidad pasada, cuando las compré eran supersuaves, pero, de tanto lavarlas, se habían vuelto un poco ásperas.

—¿Te van bien estas? —le preguntó.

—¡Más que bien! —dijo dándole otro gran mordisco a la manzana.

—Esta casa es muy fría, y en Mallorca la humedad no perdona. Aunque tampoco es bueno que no haya nada de humedad en el interior de las casas, siempre debe permanecer entre el treinta y el cincuenta por ciento, y no superar el sesenta —dijo Dafne.

—Joder con la cerebrito esta —rio Anabel mirándome. Yo me encogí de hombros.

—Lo leí en una noticia de internet, no te vayas a creer. Por cierto… —dijo quedándose pensativa—. Voy a mirar el móvil, a ver si tengo algún mensaje del hospital. Que no lo creo, porque me dijeron que la noche estaría tranquila, pero una nunca sabe —dijo marchándose hacia el baño de la planta baja.

Anabel dejó la manzana de pie sobre la mesita que había junto al sofá, y se puso a colocar las mantas a su gusto mientras yo cogía el mando de la televisión y la encendía. Hice un poco de zapeo, pero no veía nada que me gustase para poner de fondo, y encima la mayoría de los programas eran sobre la dichosa Navidad o películas familiares. Y además las luces del arbolito me molestaban. No sabía si era porque últimamente odiaba las navidades o porque odiaba mi vida en general. Recordé cuando lo armamos, a principios de diciembre. Para variar, discutimos sobre los adornos que deberíamos poner, y al final lo dejamos solo con luces. Ni para uno ni para otro.

—Vaya, vaya —dijo Dafne volviendo junto a nosotros. Sostenía el teléfono en las manos—. Parece que tendré que irme corriendo.

—¡Qué hablas! —dije yo con las cejas levantadas.

—Sí, seguro que se habrá liado o se habrá puesto alguien de baja. Los findes siempre pasa lo mismo.

—¿Eso significa que la señorita enfermera profesional nos abandona? —preguntó Anabel haciendo pucheros fingidos.

—Soy auxiliar, ya me gustaría a mí ser enfermera —dijo ella cogiendo aire y mirando hacia las escaleras—. A este paso ascenderá antes Lucas que yo en mi trabajo. Voy a coger la ropa. ¿Estaréis bien por aquí?

—¿Cuándo vuelves? —le preguntó Anabel levantando los brazos para darle un abrazo.

—Supongo que mañana a las nueve, más o menos.

—Oye, ¿y esas flores de la cocina? —pregunté acercándome a ella para darle un beso.

—¿Te gustan? Son gardenias, me las regaló Raquel, la vecina.

—Ah, ya decía yo que me sonaban…

Las hermanas se abrazaron mientras yo me quedaba a pocos centímetros, esperando que Anabel la liberase. Tras eso, le di un largo beso en los labios a mi novia y ella se marchó en su coche

monovolumen.



Dafne (1)

Estaba nerviosa porque no quería llegar tarde. Al menos aquella vez había salido enseguida, sin casi pensármelo. Cuando paré frente a un semáforo, me miré los ojos en el retrovisor central y vi que el maquillaje que me había puesto antes de que llegase Anabel aún me duraba. Guapa a todas partes, menos a dormir. Y porque no era bueno para la piel, que si no… ¿Por qué los hombres no se pintaban? Al menos la línea de los ojos, un retoquito, algo. Benditos aquellos tiempos en los que hombres y mujeres se maquillaban por igual. O al menos eso es lo que tengo entendido por los libros y películas que he visto. A lo mejor la ficción siempre lo embellece todo, y no era todo tan bonito como lo pintan. Que en cuestiones de higiene todos sabemos que no eran muy duchos.

Prefería conducir de noche, cuando casi no había tráfico y todo era un fluir constante y rápido hacia tu destino. Lo bueno de aquellas fechas era que casi todas las calles estaban repletas de luces de colores con formas como estrellas o frases como «Feliz Navidad». No soy muy navideña, pero esa época del año me trae muy buenos recuerdos, sobre todo de cuando era niña y abría los regalos junto a mi hermana Anabel. Y aunque ella siempre tuviese mejores regalos que yo, me encantaba ver su cara de felicidad al abrir los paquetes.

Cogí el desvío hacia la autopista y aceleré aún más. Pensé que no sé para qué me había comprado ese coche. Ah, sí, me dije, porque creía que al final tendríamos hijos. Y el tiempo fue pasando y ninguno de los dos estaba por la labor. Y no sé qué esperábamos para tenerlos. Nuestra vida se había vuelto de lo más monótona, yendo del trabajo a casa y de casa al trabajo. A algunos les funcionaba eso de tener hijos para poder ocupar su tiempo en algo que no fuese en ellos mismos y en su poca pasión. Y la verdad era que pasión había más bien poca, y Lucas no mostraba mucho interés por el tema. Se pensaba que, por acariciarme un poco al acostarnos, yo me iba a volver loca y eso no funcionaba así. Si estás todo el día frío conmigo, normal que llegue la noche y no tenga ganas de nada.

Menos mal que de vez en cuando me consolaba cuando Lucas se dormía. Sacaba de la mesita de noche mi juguete y me lo ponía entre las piernas. Aunque en realidad necesitaba calor humano, un hombre que me mirase todo el día con deseo y me tocase de forma que me hiciese sentir la mujer más bella sobre la faz de la Tierra. No sé si anhelaba más que me lo hiciesen salvajemente o que me hiciesen el amor. O las dos cosas a la vez.

Enfilé la última recta, adelantando a un par de coches que iban a

menos de la velocidad mínima permitida, y volví a acelerar. Ya no quedaba nada, ya llegaba a mi destino. Vi la señal que me obligaba a girar hacia la izquierda y tomé ese camino. Ya estaba: el edificio iluminado del aeropuerto se vislumbraba al fondo, rompiendo la quietud y el equilibrio de la noche. Temí no verlo enseguida y tener que estar más tiempo del debido en el aparcamiento exterior. Eso si había sitio, porque a esas horas estaba todo lleno. Y también lo estaba de día, no sé a quién quería engañar, últimamente estaba lleno casi todo el año y parecía que aquella marea de turistas no iba a parar.

Me detuve un momento en la zona del autobús público y vi a alguien de pie, junto a una de las grandes columnas de cemento que había en la pasarela central. Sí, me pareció verlo y por ello toqué el claxon. Él levantó la mirada y después caminó hacia mí. Estaba apoyado en una maleta roja de ruedas e iba vestido con chupa de cuero, pantalones vaqueros rotos y botas tejanas. Y, cómo no, el muy chulo iba peinado con aquel tupé tan elaborado. Todo él evocaba *rock and roll*.

—¡Puntual, puntualísima, *baby*! —dijo él, asomándose por la ventanilla.

—El maletero está abierto —espeté con una sonrisa.

Él obedeció, dejó ahí su equipaje y volvió a toda velocidad. Siempre me resultaba graciosa su corta estatura, más o menos medía como Anabel.

—Hace un frío que pela, santo Cristo —dijo al sentarse mientras se frotaba las manos. Al cerrar la puerta del coche, dio un portazo.

—Bienvenido a Mallorca —le dije inclinando la cabeza hacia él—. Y la puerta se cierra con más suavidad, chato.

Él rio, nos dimos dos besos y olí su perfume fresco y varonil, aunque un poco anticuado. Me recordaba al que usaba a veces Lucas cuando salíamos a cenar por ahí. No sé por qué no se perfumaba más a menudo.

—¿Qué tal el viaje? ¿Y la moto?

—En casita —dijo riendo—. Ojalá pudiese traérmela, pero es mucho lío para tan pocos días. Y lo de viajar… así así. Ya sabes que a mí los aviones…

—Oh, ¿un tipo tan duro como tú le tiene miedo a volar? —dije arrancando y poniendo una emisora de *rock* en la radio.

—Pues sí, algún defecto debía tener, oye. ¿Cómo está mi Anabel?

—Se quedó en casa con Lucas. Supongo que se pondrán una película o algo y después se irán a dormir.

—¿Y qué excusa les pusiste?

—Que me llamaban del hospital. Que, oye, podría haber sido, pero lo planeé todo para librar este finde. Ya está bien de hacer peonadas.

—Vaya sorpresa le voy a dar a mi niña —dijo él sonriendo y

mirando hacia el paisaje nocturno—. Yo también he hecho malabares para poder venir. Pero un día es un día, y sé que las navidades os hacen ilusión a las dos —rio.

Conduje en silencio, aún percibiendo su fuerte perfume por todo el coche.

—¿Cómo le va a Lucas? —me preguntó de repente.

—Sin trabajo. Cree que no me he enterado, pero hace un mes me encontré con un compañero suyo y me lo contó todo.

—¡Qué dices! ¿En serio?

—Te lo juro. No quiero sacarle el tema porque se agobiará y al final acabaremos discutiendo como ha pasado otras veces. Pero tarde o temprano tendremos que hablar sobre qué va a hacer con su vida.

—¿Y qué anda haciendo?

—No lo sé. Se va de casa al mediodía y vuelve a eso de las ocho, como si se fuese a trabajar. Hay semanas que hace como si estuviese de mañanas y otras de tardes.

—Coño, ¡como los japoneses! Lo vi una vez en un documental, que cuando pierden el curro se van de casa a la misma hora y se quedan en un parque haciendo no sé qué. Más bien parecen unos vagabundos los condenados.

—Pues ni idea de lo que hará durante todo ese tiempo. Ya le sacaré el tema algún día de estos. Encima siempre está cansado. Espero que no me esté poniendo los cuernos.

—¡Qué te los va a poner, mujer! ¡Con lo buena persona que es!

—No sé, últimamente está muy rarito.

—¿Sabes dónde está el hotel? —preguntó echando un ojo a la carretera.

—Sí, con Lucas fuimos un par de veces cuando todavía nos estábamos conociendo. No está mal —contesté desviándome hacia Playa de Palma.

—Igual solo será por esta noche. Mañana ya estaremos todos juntitos en tu casa. ¡Todo sea por la sorpresa!

—Pensaba que me preguntarías si me conocen en ese hotel —reí.

—Ah, yo qué sé, chica —dijo acompañando mi risa—. Oye, vaya canciones más sobadas ponen en esta radio. ¿No tienes por ahí algo de Los Rodríguez?

—¿Eh? ¡Qué va! Nunca llevo discos en el coche, y por casa tengo pocos.

—Joder, con lo buenos que son. Me ha dado por escuchar canciones de ellos, sobre todo la que dice: *O sea que eres un borracho, pero ¡qué dices, si yo sé beber! Total, que no eres un buen muchacho, ¡tonterías! ¡Nunca me verás caer!* —dijo entonando la canción, aunque cantando bastante mal.

—No me suena para nada. ¿Los Rodríguez no son los que cantaban:

Quiero ser el único que te muerda la boca, quiero saber que la vida contigo no va a terminar…?

—¡Y dale con las canciones sobadas! Sí, esa es la de *Sin documentos*. Pero, mira, al menos te sabes alguna. Cinco puntos para ti.

—Las canciones que me sé de memoria mejor no las canto, no vaya a ser que te tires por la ventana si las escuchas —dije riendo, y él me dio un golpecito amistoso en el hombro.

Entre la charla amena y las risas, el camino se me pasó volando. Era algo que con Lucas nunca me ocurría: siempre discutíamos de algún tema trivial que me sacaba, y dábamos vueltas durante horas alrededor de lo mismo. Con Miguel, o Miki, como lo llamaba Anabel, aunque teníamos nuestras diferencias, todo lo solucionábamos riendo y tirándonos indirectas. Con él me sentía como si fuésemos amigos de toda la vida.

Lucas (2)

—¿Te vas a dormir o quieres poner alguna peli? —me preguntó Anabel acomodándose en el sofá e inclinándose para coger la manzana.

—Pues estaba estudiando lo que habían estrenado. Antes de que se fuese Dafne, pensaba ver una peli los tres, pero…

—Pues, oye, la podemos ver los dos, ¿qué te parece? Si es un tostón, prometo no dormirme —agregó dándole otro mordisco a la manzana.

—Como quieras. ¿Qué te apetece ver?

—Vente, vente —dijo ella dando varios toquecitos encima de la manta.

Me senté junto a Anabel algo nervioso por lo ocurrido hacía solo unos minutos, y seguí mirando la interfaz de la aplicación. Iba deslizando el dedo hacia la izquierda, derecha, arriba, abajo mientras notaba su respiración muy cercana. Aquello de elegir qué ver siempre era un calvario que duraba demasiado y al final acababas aburrido de tanto buscar.

—¿Mejor? —preguntó ella extendiendo la manzana hacia mí. Esa vez la cogí y le di otro mordisco, pero por la parte donde aún no estaba mordida.

—¿De qué?

—De eso —dijo dirigiendo la mirada hacia mi paquete.

—Sí, sí, ya pasó. —Otra vez me puse rojo.

—¿Puedo quitarme las zapatillas? Te prometo que estoy super limpita. Me duché nada más llegar.

—Eso no se pregunta, estás como en tu casa.

—Ojalá estuviese en casa —dijo suspirando mientras se quitaba las zapatillas y después los calcetines. Tenía las uñas de los pies con la manicura francesa. Tragué saliva y un trozo de manzana que se resistía a entrar—. Y no es porque no esté a gusto en la vuestra, ¿eh? Es porque echo de menos a mi novio y sus brazotes. Aunque tú los tienes más fuertes, creo.

Sonreí y en parte me gustó escuchar eso. Sí, lo reconozco, soy un poco capullo a veces.

—¿Aún vas al gimnasio? —dijo palpando mi bíceps descaradamente. Aunque di gracias por que todavía llevase la camisa del trabajo.

—Qué va, hago mis tablas en casa y salgo a correr de vez en cuando.

—Pues estás estupendísimo. Y que conste que no te estoy tirando los trastos —bromeó cogiéndome la manzana con un gesto rápido.

—Qué bromista estás, ¿eh? —le seguí el juego—. ¿Qué películas soléis ver vosotros?

Anabel rio y se tapó la boca. Me quedé serio, esperando una respuesta.

—Perdona, perdona —dijo reclinándose en el sofá. Colocó los pies encima de la manta, juntando las piernas en su pecho—. Me has pillado por sorpresa. ¿Quieres que te diga lo que solemos ver?

—Sí.

Ella se tapó la boca con la manzana mordida.

—Vemos porno —dijo con expresión seria—. No todas las veces, pero sí una vez por semana.

Levanté las cejas e inspiré profundamente. ¿De verdad había escuchado eso?

—¿Vosotros no? —me preguntó mientras se acababa la manzana. Solo quedaba la parte del centro, repleta de semillas oscuras.

Incliné la cabeza hacia el lado derecho e hice una mueca con la boca.

—Pues… juntos no. Yo alguna vez sí que veo algo, y ella supongo que también.

—¿Nunca? No te creo.

—He pensado en hacerlo con ella, sobre todo para probar algo distinto, pero no me he atrevido a proponérselo.

—Mira, conozco a Dafne y sé que le gusta ver ese tipo de pelis. A ver, lo sé porque cuando estaba soltera las veía y discutíamos sobre el tema, ya sabes, sobre porno. Eso sí, desde que estáis juntos, no me lo ha vuelto a sacar.

—Yo ahí no entro. Y si lo hace, bien por ella —dije con expresión algo desolada, encogiéndome de hombros.

—¿Seguro que no te importa?

—No. Lo interesante es que cuando estamos juntos lo pasemos bien, ya sabes a qué me refiero.

—¿Y lo pasáis bien?

—Últimamente no mucho —dije apartando la mirada de ella y de sus piernas, y mirando hacia el televisor que tenía la pantalla en negro. El arbolito seguía con sus fastidiosas luces de colores intermitentes.

—Mira, una de las cosas buenas que tiene ver porno con tu pareja es que puedes descubrir qué es lo que le pone de otras personas y luego pasar a la acción.

—Qué suerte tenéis de poder hacerlo juntos.

—Suerte a medias —rio ella dejando lo que quedaba de manzana sobre la esquina de la mesita—. Mi novio prefiere las películas más de «aquí te pillo, aquí te mato». A mí me gustan con un poco de argumento, ponerme en situación y todo eso.

—¿Y eso existe? —volví a mirarla. Se acariciaba el muslo de arriba a abajo. Parecía que tenía el vello erizado. Y aunque deseaba seguir con la mirada fija en aquellas piernas y pies, no podía hacerlo. Hubiese podido estar horas y horas observándolas con detenimiento.

—¡Hombre, pues claro que existen! —dijo mirando mi teléfono.

Me quedé callado y esperé a que ella siguiese con la explicación.

—Cogeré mi móvil, porque ahí tengo la cuenta de la web que siempre solemos visitar. Pagamos una vez al año, ya que así nos sale mejor de precio.

—¿Pagáis?

—*Cuñi*, *I pay for my porn*, o algo así pone en la web que usamos. El inglés y yo no somos muy amigos. Vamos, que lo que quiere decir es que hay que pagar por el porno que te gusta y que se lo merece —dijo ella poniéndose de pie y yéndose hacia la mesa. Cogió el teléfono y volvió junto a mí—. Sí, tengo mucho tiempo libre en casa, es verdad, y como me gusta el tema, siempre ando investigando qué webs hay por ahí sobre porno ético, nada de abusar de los actores y de su curro. Y encima muestran todo como debe ser. Odio cuando solo son las tías las que se la comen al tío.

—Guau, no sabía que existían películas de ese estilo.

—Son especiales para parejas, pero también puedes gozarlas tú solito —dijo buscando la aplicación en el móvil—. A ver, te propongo algo.

Tragué saliva, pero noté que ya no me quedaba líquido en el cuerpo. Sentí cómo por mi sien corría una gota de sudor. Debía bajar la calefacción, aunque si lo hacía quizá Anabel se tapaba y… Sí, lo reconozco, a veces soy un capullo. Ahí sí que no me importaba pagar por la luz.

—¿Tienes Chromecast?

—Claro.

—Bien, escucha. No tengo problemas en poner alguna escena de las que he visto con mi novio. Así ves cómo son, y, si te gustan, puedo pasarte un enlace con descuento.

—¿Me hablas de ver una peli porno contigo? —exclamé casi levantándome del sofá.

Ella sonrió y se inclinó hacia mí.

—*Cuñi*, no me malentiendas. En vez de ver cualquier peli chorra que hay en Netflix u otro sitio, te propongo ver algo que seguramente te guste y te dé ideas para cuando estés con Dafne. ¿Qué te parece?

—Estás muy puesta en todo esto, ¿no?

—No lo sabes tú bien —rio ella—. Pero eso, si quieres, te lo cuento otro día. ¿Te apetece o qué? Prometo no mirarte.

—Me parece un poco raro ver eso con…

—No pienses en mirar una porno típica. Es como una peli normal,

aunque con otro desarrollo o como se diga —me guiñó el ojo mientras exploraba la aplicación en busca de algo que poner.

—Voy a por algo de beber. ¿Quieres algo?

—Agua o zumo de naranja, si tenéis —rebuscó algo en el bolsillo del pantalón corto—. Si me das permiso, me haré un porrito.

—¿De dónde lo has sacado? —le pregunté, pensando enseguida en el control del aeropuerto.

—Mi hermanita me conoce bien y compró un poco de maría para cuando viniese —dijo sacando una bolsita transparente con cierre. Dentro había todo lo que podía necesitar.

Levanté la ceja y negué con la cabeza.

—No me has dicho si al final quieres ver eso.

Me incliné hacia la manzana mordida, la cogí del rabillo y le contesté.

—Si te apetece, sí, supongo que puedes ponerlo —dije con voz ronca y de pasada mientras me alejaba, como si no quisiera que se me entendiese.

Y al volver con los dos vasos, para ella zumo de naranja y para mí *bourbon* barato, descubrí que en la pantalla de la televisión había una imagen pausada. Se veían unos créditos, como si fuesen los de una película convencional. La puerta de casa estaba entreabierta y supuse que ella se encontraba fuera dando unas caladas. Detestaba un poco los porros, sobre todo por mi época de estudiante, cuando fumaba y bebía a la vez. Me sentaba fatal.

Me acomodé en el sofá y me mentalicé para lo que estaba a punto de vivir. Era bastante extraño que me hubiese propuesto eso, pero claro, cualquier cosa puede ser extraña si tienes a una cuñada como Anabel. ¿Cómo iba a negarme a una proposición como aquella?

Escuché la puerta cerrarse, y ahí estaba ella, corriendo hacia mí con una sonrisa muy amplia, como si quisiese abrazarme, o eso me pareció. Los ojos se le habían achinado un poco a causa de la marihuana.

—No es de las mejores que he fumado, pero unas caladitas siempre vienen bien para ponerse a tono. ¿Sabías que la maría aumenta la sensibilidad? —dijo cogiendo el vaso de la mesita que había junto al sofá. Después se sentó a mi lado, pero guardando un poco las distancias. Olía un poco a marihuana, pero no era un olor que me desagradase viniendo de alguien como ella. Su perfume y el olor a porro eran una mezcla interesante.

—Me taparía, pero con el calor que hace… —dijo ella apartando la manta.

—¿Quieres que lo apague? —dije mirando hacia arriba, donde estaba el aparato de aire acondicionado.

—Hazlo por ti, yo estoy bien así. En casa solo tenemos una estufita

de gas, y no veas qué frío pasamos allí en la montaña. Que sí, que el pueblo es muy bonito, pero te pelas.

—¿Esa es la película? —dije dándole un trago largo a mi vaso. Hice una mueca, porque no esperaba sentir aquel *bourbon* tan fuerte contra la garganta. Al menos así cogería algo de confianza si daba tiempo a que se me subiese un poco a la cabeza.

—Exacto, ahí está, pero es un corto. Tranqui, igualmente tiene diálogo, música, etcétera.

—Y cuando veis estas películas o cortos, ¿los veis enteros?

—¡Oye! ¡Eso es privado! —rio ella dándome un golpe amistoso en el hombro.

—Perdón, perdón.

—Calla, tonto. Que todo el tiempo caes en mis bromas. Pues lo suyo es aguantar, ir metiéndote en lo que ves, viviéndolo, al igual que lo haces en una película o serie normal y corriente.

—Entiendo.

—Venga, va —dijo pulsando el botón de reproducción desde el móvil—. Este dura veinte minutos. Si te gusta, te pongo otro.

Asentí con la cabeza, notando que me ardía la cara. Al reproducir el vídeo, Anabel corrió hacia el interruptor que estaba junto a la puerta de entrada, y apagó la luz.

—Un cine no es cine si no está la luz apagada —dijo.

—Si quieres puedes apagar el arbolito también —añadí, cruzándome de brazos.

—No, esa luz no me molesta. Estamos en Navidad, ¿no?

Y así es como poco a poco me fui metiendo en aquella situación que me mostraba aquella escena erótica. Era sobre una pareja a la que le gustaba hacerlo mientras su vecina los observaba en silencio desde su casa. Un buen día, él decide invitarla a tomar algo a su casa y ella acepta. No sé si fueron las actuaciones, la belleza de los actores o por cómo estaba realizada la escena, pero me fui excitando poco a poco, tanto que noté un gran bulto en la bragueta. Puse el vaso encima para disimular y seguí viendo cómo la vecina llegaba al piso de ellos, tomaban unas copas y después se quedaba mirando cómo sus vecinos se besaban, se tocaban y le hacían señas con la mano para que la siguiesen a la habitación. Suspiré. No supe bien si lo hice de manera fuerte o floja, pero me dio igual.

Estaba metidísimo en aquella escena y deseaba ser yo aquel chico con aquellas dos mujeres. Pero, sobre todo, deseaba vivir algo así desde el principio. Ya ni pensaba que estaba junto a Anabel. Y aunque quise girarme hacia ella para ver si reía, sonreía o estaba seria, no pude hacerlo. Tenía miedo de que ella tuviese una expresión que me descolocase.

La lástima fue que la escena sexual no duró mucho, pero, aun así,

me excitó el haber visto todo sin tener que recurrir a mi mano.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó ella sosteniendo el teléfono.

Sin mirarla, asentí con la cabeza y le di otro trago a mi *bourbon*. Aquella ocasión entró a la perfección.

—Muy muy buena. Hacía mucho que…

—¿Te has puesto cachondo?

Cuando la miré, la descubrí desabrochándose el botón del pantalón corto.

—¿Tienes calor? —pregunté con la voz temblorosa. Estaba claro que lo tenía, ya lo había dicho antes. Pero no sabía qué otra cosa decir.

—Mucho, no te imaginas cuánto —dijo deslizando los pantalones por aquellas piernas que se veían espectaculares en la penumbra. Se quedó en braguitas oscuras, porque no lograba ver bien el color—. Es que noto que me aprietan mucho los pantaloncitos, espero que no te importe. ¿Tú no te estás asando?

—Estoy bien así —dije rápidamente. No podía soportar aquella visión, y eso que la había visto a veces en bikini en la playa o en la piscina (y la de fotos que le había hecho en esos lugares). Pero que se pusiese así, en privado y a solas, era algo que me mataba.

—Puedes ponerte cómodo si quieres, estás en tu casa, no hace falta que te lo diga.

—No te preocupes.

—¿Quieres ver otro corto?

—Supongo, sí, podría estar bien, pero si no es muy largo, que estoy un poco cansado después de todo el día… —dije con falso desinterés y la voz entrecortada. Solté un bostezo algo forzado.

Ella se quedó pensativa. Parecía que había caído en algo.

—¡Lo tengo! ¡Sí! Mira que olvidarme de eso… —dijo rebuscando en su teléfono móvil de forma ansiosa—. Te voy a poner otro vídeo, aunque no es de esa página. Hace poco me lo pasó una amiga mía y me dijo que era súper exclusivo. Son cortos que parecen reales por lo natural de las situaciones, los actores y tal. Aquí está, ¡genial! —dijo con emoción mientras enviaba el vídeo al televisor.

Yo me limité a esperar, evitando mirarla.

—Oye, ¿te importaría mucho si en algún momento me toco? Me refiero a si te pone nervioso o te molesta.

—Anabel, yo… no sé qué decirte. Me siento como que estamos haciendo algo que no está bien.

—En teoría, no. Estaría mal si nos liásemos. Te estoy hablando de tocarme yo sola, a mi rollo. Y tú, como es lógico, también puedes hacerlo a tu rollo.

Noté que mi entrepierna palpitaba, y seguramente estaba empapado por todo lo que estaba viviendo. Cómo no estarlo con aquella situación de locos. No sabía si era normal que un hombre pudiese

lubricarse tanto solo con estímulos visuales, pero yo me mojaba con poco, imagínate si me pasaba algo así.

Estuve a punto de decir que me marchaba a mi dormitorio, pero, en vez de eso, apreté la mandíbula y los puños y me quedé con la vista fija en el televisor, como hipnotizado por el brillo de la pantalla. Ya ni prestaba atención a las luces del arbolito, era como si hubiese desaparecido.

—A veces con mi novio lo hacemos así, cada uno se toca por su cuenta hasta que al final nos juntamos y acabamos cachondos perdidos.

Tragué saliva y después me acabé lo que me quedaba de *bourbon*. Ella hizo lo mismo con su zumo.

—Veeenga, prometo no decirle nada a Dafne —dijo pegando la sien en mi hombro. Acto seguido, se apartó y se tapó la boca con la mano —. Será nuestro pequeño secretito, ¿te parece? E igual te repito que esto es un juego de lo más inocente.

Sonreí y, al hacerlo, me sentí mal por ello. Si ella supiese lo que la había deseado y la deseaba… Pensé que quizá todo aquello debía ser un sueño, un dulce sueño que me quería hacer creer que todo podía ser maravilloso y al final…

—A mí me daría igual que mi novio hiciese esto con Dafne. ¿A ti te importaría?

—¿Que viesen una porno juntos? —pregunté sobresaltado, mirándola de nuevo.

—Sí. Y que se tocasen por su cuenta mientras la ven.

—No lo sé. En parte me gusta todo este juego, pero no sé cómo me lo tomaría si ella hiciese lo mismo con otra persona.

—¿Eres celoso?

—Tengo mis momentos, pero en general… no.

—¿En serio? Pobrecillo… —dijo inclinándose hacia mí para acariciarme la espalda—. ¿Pongo el siguiente corto?

Asentí con la cabeza y me quedé hipnotizado con la luz que emitía la pantalla. Cuando vi las siguientes imágenes, me senté aún más cerca del respaldo, casi rozando con el hombro su brazo. Ya no hacía falta que me girase hacia Anabel para ver lo que hacía: de reojo descubrí que ya tenía la mano colocada sobre su sexo. No la movía, pero no tardaría en hacerlo.

Y me contuve. Si alguien se iba a tocar, esa sería ella. Le ganaría resistiéndome, aunque me fue difícil hacerlo, ya que lo que veía me estimulaba demasiado: el corto iba sobre una mujer que entraba en su casa y descubría que su novio y una chica se estaban besando en el porche trasero. Tras eso, ella le cantaba las cuarenta y hacía ademán de irse, pero el chico la cogía del brazo y trataba de razonar con ella. Estaba grabado de forma casera, parecía bastante *amateur*, pero tenía

su gracia, como si fuese totalmente real lo que estábamos viendo.

Eso sí, la historia se volvió interesante cuando el chico besó a su supuesta amante y le dijo a su novia que se acercase junto a ellos para preguntarle si le gustaba observar todo aquello. Ella dijo que sí y, poco a poco, todos se desnudaron y los amantes se empezaron a comer enteros. La cámara se acercaba y se alejaba, mostrando la reacción de la novia, la misma que se tocaba y se tocaba sin parar mientras observaba a su novio.

Y, de repente, sin yo esperarlo (o sí), Anabel empezó a mover el dedo sobre su clítoris, pero por encima de la tela. Y lanzó un gemido. Fue un sonido perfecto, hermoso, limpio, que nunca había escuchado salir de aquella boca. Eso hizo que me distrajese del corto y tuviese unas ganas enormes de girarme para que supiera que la había escuchado. Pero, claro, quizá si había gemido, había sido para que la mirase o supiese que estaba cachonda. Es increíble cómo cambia una persona cuando muestra su lado más oculto y sexual.

—¿Tú… qué harías… en esa situación? —susurró mientras seguía tocándose y mirando la pantalla.

Me quedé meditando su pregunta con la cara ardiendo. No sabía si era por el alcohol o por la excitación del momento. Dirigí la mirada hacia mi bragueta que estaba a punto de reventar. Incluso vi cómo la tela tenía una pequeña mancha húmeda. Necesitaba liberarme, sacar mi miembro, al menos sacarlo, daba igual lo que hiciese con él. Pero no, no podía hacer eso con ella delante. Se trataba de Anabel, la hermana de mi novia, estaba mal, era…

Anabel no pudo resistirse más y se metió los dedos en su sexo. Escuchar el agradable y apetecible sonido de cómo se introducían dentro de ella una y otra vez me volvía loco. Mientras tanto, en el corto, la novia del chico se había puesto de pie y le cogía la cabeza a la otra chica para que le comiese el miembro a él. Con violencia. Era algo totalmente excitante por la situación y porque parecía real. Aunque se la viese nerviosa, aquella chica se mostraba muy excitada, con el rostro totalmente ruborizado y los labios muy húmedos. Jamás había visto algo así en ningún vídeo de ese estilo. El tipo de excitación que sueles ver acostumbra a ser algo forzado, irreal y sobreactuado, no como en aquella escena donde aquella chica parecía estar viviéndolo todo con mucha intensidad.

Pero sí, aquello era demasiado. Y encima Anabel no dejaba de gemir. Cada vez lo hacía más y más fuerte, como si estuviese sola en su casa.

Cuando avancé la mano hacia mi bragueta, ella, con un gesto rápido, me cogió de la muñeca y me detuvo. Quise decir algo, pero yo también estaba ebrio de excitación.

—Sácatela, que te debes estar haciendo daño… —musitó.

Con las manos temblando, me bajé la bragueta con rapidez y me desabroché el botón del pantalón. Lo deslicé hacia abajo, hasta dejarlo a la altura de las rodillas. Al fin me notaba liberado, con mi miembro como un pilar de mármol debajo del calzoncillo. Era mejor eso que tenerlo aprisionado, pero…

Al mirar hacia la pantalla, vi cómo la chica del corto había vuelto al sofá y se empezaba a tocar con furia. Gemía, gritaba y sus suspiros se mezclaban con los de Anabel.

—*Cuñi*, haz lo que sientas, no te cortes —musitó ella entre gemidos.

—Yo… no…

—Lo estás deseando, no te aguantes.

Y era verdad, no había otra cosa que ansiase más que eso. Pero esperaba, porque quería otra cosa, pobre de mí, deseaba algo que quizá nunca iba a ocurrir.

—Si no lo haces tú… —dijo ella avanzando la mano hacia mis calzoncillos.

Me quedé petrificado al notar aquellos dedos sobre mi parte más íntima. Con rapidez y destreza, metió la mano dentro del calzoncillo y sacó todo mi miembro fuera. Lo apretó con fuerza, desde la base, junto a mis testículos. Cerré los ojos con fuerza y me limité a sentir, a gozar, a imaginar. Una mano que no era la de mi novia tocándome de otra manera, una mano que había visto en otras ocasiones realizando mil y una acciones y que jamás hubiese imaginado que llegaría hasta esa zona.

—Menuda arma te gastas, *cuñi* —rio ella—. Es enorme.

Suspiré, reí, hice una mueca, fruncí el ceño. Contuve un gemido, pero al final salió de mi garganta, me incliné hacia adelante y miré de nuevo la pantalla. Todo estaba borroso, como si se me hubiesen empañado los ojos. Y era cierto, el sudor de la frente me había caído por las cejas y había acabado en la nariz y en los ojos. Bendita calefacción, así sí que valía la pena gastar por la electricidad.

Hacía muchísimo que no me sentía tan liberado, tan a gusto. Mi parte racional no existía, me había entregado completamente a la lujuria del momento. Ya no éramos familia, nos habíamos convertido en dos seres entregados al placer. De fondo se escuchaban los gemidos de los actores de la película. Y al fin, ella subió y bajó la piel de mi miembro, masturbándome de forma salvaje, tal y como necesitaba en aquel momento. Y grité, lo hice como si estuviésemos viviendo solos, sin nadie a nuestro alrededor.

—Tócame —me ordenó.

Y no pude hacer otra cosa que obedecer. Sucumbí a sus deseos sin dudarlo, apartando con facilidad aquellas braguitas y posando los dedos sobre aquel clítoris hinchado y empapado. Seguramente la manta que tenía por debajo se había manchado, era imposible que no

estuviese también mojada. Fue demasiado fácil meterme en ella y palpar su cavidad ardiente y húmeda. Mis gritos se fundieron con los suyos, y notaba que Anabel deseaba que la tocase más y más porque contoneaba la cadera. Ella, mientras tanto, me seguía masturbando a mí, con furia, violencia y torpeza, porque a veces me hacía daño, pero no me importaba, ¡era tan agradable sentir otra mano distinta a la de mi novia!

Quería mirarla y ver su cara descompuesta por el gozo. Qué pena que no pudiese ver aquellas mejillas coloradas, aquellos labios que se mordía, aguantándose…

—¡No puedo aguantar más! —la avisé.

—Y yo, espera un minuto… —paró en seco para darme un respiro.

Y así seguí, abriendo su cavidad más y más. Ella acariciaba mi glande, con los dedos y las palmas de las manos empapadas de mis fluidos. Me daba tiempo, me contenía, y yo aún no había bajado a la Tierra, porque estaba tocando el firmamento y quería que durase mucho más. Y claro, como soy un capullo, pensé en hacerle el amor, meterme en ella y sentirla al fin, ¡al fin! Desfogarme por tantos años deseándola en silencio, lo admito, admirando aquellas piernas e imaginando que, quizá algún día, de casualidad, podría acariciarlas, tal vez por descuido, tal vez porque ella me lo pidiese.

También había soñado con ella, cómo no. Mi subconsciente había creado historias alternativas, haciéndome creer que podría algún día poseerla, que dejaría a su novio y nos quedaríamos solos, como en aquel momento, y ella se desnudaría ante mí.

Pero sí, un cobarde como yo anhela en silencio, pero nunca actúa. Siempre me conformo con quedarme en las sombras de lo que ansío fervientemente.

Cuando justo sentía que iba a estallar y me llegaba un tremendo orgasmo, la escuché gritar de placer.

—¡Ohhh! —exhaló.

Metí tres dedos en su ser para palpar la potencia de su clímax, y yo me corrí a la vez, estallando al fin, liberándome de aquella carga física y mental tan pesada. Ni me preocupé en pensar hacia dónde había ido tanto esperma. Y juro que siempre era muy cuidadoso con eso, pero en aquella ocasión, por unos segundos, nada existía y todo valía.

—Ha sido… brutal —dijo ella suspirando y dejando caer la cabeza sobre mi hombro—. Mucho mejor de lo que me imaginaba.

Sonreí aliviado al escuchar aquello. Parecía que ella también había pensado en mí en alguna que otra ocasión. No era el único loco de la familia.

—Anabel… No podemos hablar nunca de todo esto —dije volviendo a la realidad. Mi seguridad se había evaporado con la última contracción de mi miembro. Corrí a subirme los calzoncillos y

colocarme bien los pantalones.

Ella se giró hacia mí, con la cara rozándome el brazo. Cómo me encantaba percibir su perfume tan cerca.

—No sé tú, pero yo quiero más —dijo ella sincerándose.

—¿Tocarnos?

—Follar, *cuñi*, hablo de follar.

Y en ese momento, pese a que me había liberado hacía solo unos segundos, consiguió que aquello resucitara y volviera a estar casi listo.

—No podemos hacerlo, no, eso no está bien.

—Te pongo y tú me pones a mí, *cuñi*. No sé si desde que nos conocemos, pero de hace unos años para acá, cada vez que nos vemos, te imagino desnudo. Y supongo que a ti también te pasa lo mismo por cómo me miras. Estás tan bueno y tienes un rabo tan apetecible… Al final será cierto eso que dicen de los chicos de color. Si me aguantas en la cama, sería toda una sorpresa.

—No me digas eso, por favor.

Ella lanzó una carcajada y se apartó de mí. Tras ponerse de pie, se quitó las braguitas mojadas y las sostuvo en la mano. Por suerte, la camiseta le cubría el sexo y el trasero. Si los hubiese visto así, al natural, quizá habría caído en sus redes a la primera.

—Te espero en tu cama. Si no vienes, me dormiré y me despertaré mañana a las ocho, antes de que llegue Dafne.

—¿Quieres hacerlo ahí? —exclamé, poniéndome de pie.

—¿Dónde si no? ¿En mi habitación? ¡Eso no tiene gracia!

—¿Y tu novio? ¿Qué va a opinar de todo esto? Joder, la he cagado bien.

Ella se posó el dedo índice sobre la boca y emitió un ligero siseo.

—Es nuestro secretito. Eso sí, no quiero besos en la boca ni rollos amorosos. Es solo follar, ¿entendido, *cuñi*?

—Creo que tengo que pensármelo unos minutos —dije mordiéndome el labio inferior y rascándome la nuca.

—Lo dicho, estoy arriba —dijo cogiendo su teléfono y marchándose de puntillas hacia el dormitorio del primer piso.

Y allí me quedé pensativo, indeciso y algo arrepentido por haber hecho aquello. Porque era algo que me había encantado; pero al haber ocurrido con ella, algo se había revuelto en mi interior que me inquietaba. Aún podía oler su perfume mezclado con marihuana, y todavía notaba aquella mano apretando mi miembro fuertemente, tanto, que parecía que me lo iba a estrangular.

Encendí la luz, apagué el aire acondicionado y paseé la mirada por el suelo, descubriéndolo manchado. Cómo no. Y la televisión, que había vuelto a ponerse en negro, también tenía unas gotas cayendo por la pantalla, incluso le había dado a una rama del arbolito. Me marché hacia el baño, cogí algo de papel higiénico y limpié todo aquel

desastre como mejor pude.

Tenía tanta sed, que opté por irme a la cocina y beber agua. A ver si así podía en parte aclararme las ideas.

Anabel y mi cama, nuestra cama, era algo que no concebía, algo incompatible que me hacía irremediablemente pensar en mi novia. Pero hacerlo con ella me volvería loco. Y negarme también. Los recuerdos acudían a mi mente, sobre todo cuando comencé con Dafne, cuando tuvimos nuestra primera cita o la primera vez que vi a Anabel. Por entonces todo estaba en calma y yo era una triste alma enamorada. ¿Por qué no se podía quedar así todo? ¿En qué momento perdí la cabeza y deseé a Anabel? Pensé cogiendo aire y cerrando fuertemente los párpados.

Sin yo saberlo, había tomado un camino donde era imposible dar marcha atrás. Y ahí me vi, delante de las escaleras que conducían a mi dormitorio. Posé el pie sobre el primer peldaño y creí que perdía el equilibrio. Me cogí con fuerza a la barandilla y, cuando iba a dar marcha atrás, escuché su voz, un gemido o algo que se le parecía. ¿O era alguien que estaba en la calle? La escuchaba lejana, como si estuviese en un cuarto o quinto piso que no existía. O quizá era mi propia voz interior la que me obligaba a subir. Fuese como fuese, cada escalón que subía era un paso más que me alejaba de aquel hogar construido años atrás con amor. Con mucho amor. Pero poco sexo.

Dafne (2)

Cuando llegamos a la puerta del hotel, di la vuelta a la calle y encontré aparcamiento fácilmente. Nos bajamos, y Miguel cogió su maleta.

—Estás muy guapo, ¿lo sabías? —le dije mientras caminábamos hacia la entrada.

—¡Oye! ¡Tú también, modelaza!

—Gracias, pero no es verdad, he echado unos kilitos que no me gustan nada —sonreí, tímida—. Por cierto, mañana tenemos que madrugar. En teoría salgo de trabajar a las nueve, así que... deberíamos estar en casa a las diez.

—No hay problema. Da tiempo a todo —dijo acariciándome el pelo. Al fin un gesto cálido hacia mí—. Y de kilitos nada, estás en tu punto, como siempre.

Al entrar en la lujosa y amplia recepción del hotel decorada con motivos navideños bastante discretos y minimalistas, dimos nuestros documentos y nos entregaron un par de tarjetas-llaves y nos dirigimos hacia el ascensor. El corazón me latía con fuerza, pero lo disimulaba bastante bien. Tener a Miguel tan cerca me producían sofocos. Él se miró en el espejo del ascensor y se acomodó un poco el tupé tan cuidado que tenía. De verdad que no pegaba nada con mi hermana, pensé, salvo por su corta estatura.

Entramos en la habitación y vimos que todo olía a limpio y habían dejado un par de toallas enroscadas encima de la cama con forma de cisne. Y justo en medio, una botella de champán con unos cuantos pétalos de rosa. Demasiado típico.

—¡Pero bueno! ¡Vaya lujazo! —gritó él dejando caer su maleta—. En general, a mí estas pijadas me dan bastante igual, pero supongo que, porque es Navidad, me he ablandado un poco.

—Ah, yo pensaba que te habías ablandado por mí.

Me cogió de la cintura y juntó su cuerpo contra el mío. Estaba acostumbrada a Lucas y su altura, y siempre me hacía gracia cuando Miguel se ponía a mi lado.

—No sabes cómo te comía la boca, *baby* —me advirtió.

—Ya, pero prefiero que siga siendo así, para mí el sexo por el sexo es mejor sin besos, pero puedes besarme en otra parte si te apetece, ahí no te diré que no —reí, mirando hacia mi entrepierna—. Por cierto, ya te puedes ir despidiendo de mis tetitas.

—¿Por qué dices eso?

—No sabía si contártelo o no, pero me has pillado un poco sensible —dije sentándome en el borde de la cama. Contuve el llanto, pero me

fue difícil hacerlo. Me pasé la mano por la cara y me quedé mirando al suelo. Él se acercó a mí y me cogió por la cintura, acariciándola.

—Cuenta, cuenta, ¿qué es lo que pasa por esa cabecita tuya?

—Nada, es solo que… Voy a operármelas.

—¿Te vas a poner dos melones como mi Anabel?

—Sí, pero quizá me los pongo un poco más grandes —dije mirándolo fijamente a los ojos para ver su reacción sincera.

Él no se movió un centímetro y ni se inmutó. Hizo como si no hubiese escuchado nada.

—Oye, uno debe hacer lo que realmente le da la gana en todo momento. Y si tú quieres más tetas, pues ale, más globos. Eso sí, te voy a decir una cosa: así, como estás ahora, estás estupenda. No hay nada como los pechotes naturales, por más pequeños o grandes que sean.

Me quedé pensativa, no sabía bien cómo excusarme.

—¿Tú te has visto? ¡Estás para mojar pan y caldo! —exclamó, señalándome con las dos manos—. Las domingas artificiales son para mirar, pero no para tocar.

—¿Por qué lo dices?

—Porque son duras como piedras, ¡lo que oyes! No hay nada como apretar y sentir unas de verdad.

—Entonces, ¿las de Anabel no te gustan?

—Me flipan, pero yo nunca la animé para que se las operase. Y, además, yo la conocí así. A ti te he visto y saboreado al natural, y no me gustaría por nada del mundo que te las cambiases. Pero esa es mi opinión. —Se quedó pensativo unos segundos y añadió—: ¿Lucas lo sabe?

—¡Qué va a saber! Desde que me enteré de que lo habían despedido, me cuesta confiar en él para todo. Menos mal que para la operación tengo dinero ahorrado, porque con él no puedo contar para el tema económico.

—No seas tan dura con él, mujer, seguro que todo tiene una explicación lógica —dijo quedándose pensativo—. Dime que tienes condones.

—Sí, tontito, ¿qué te pensabas? Por nada del mundo voy a tomar la píldora.

—Puedo vivir sin eso, *baby*… —dijo acercándose y dándome un tierno beso en el cuello.

Tras separarnos, me empujó suavemente y me dejé caer en la cama. Como sabía qué es lo que quería, me desabroché el pantalón y él me lo quitó en un santiamén. Si volar era un sueño para cualquier ser humano, para mí lo era estar con las piernas abiertas mientras él me devoraba y yo le cogía fuertemente del pelo para guiarle en su tarea. No veía la hora de que me taladrase con aquella polla que sabía mover

tan pero tan bien. ¡Y cómo aguantaba en la cama! Nada que ver con Lucas, que no duraba un solo asalto. Con solo tocarlo un poco y hacerle mimitos en su «cosota», ya notaba que se podía correr. Y luego todo era un suplicio, aguantando hasta que yo acabase. Y casi nunca lo conseguía.

Aquel juego consentido entre mi hermana, Miguel y yo ya duraba un par de años, y en todo ese tiempo me había sentido bastante a gusto, aunque a veces quería tenerlo para mí sola. Le agradecía muchísimo a Anabel que pudiese tenerlo solo para mí, pero una siempre quiere más, y a Miguel lo veo muy pocas veces al año. Ojalá vivieran en Mallorca…

Sé que es algo imposible porque es el novio de mi hermana, pero a veces cuando hablamos intento descifrar en su mirada algo que me diga que lo que siento no son solo tonterías mías. Y claro que quiero a Lucas, pero Miguel representa tanto lo prohibido que a veces me vuelve loca y me hace imaginar una vida junto a él. Sería incluso capaz de dejar mi trabajo, mi casa y lo que fuese, e irme a Asturias a trabajar con él sirviendo copas en aquel bar de mala muerte. Todo para que, al final del día, pudiese sentir cómo aquellas manos me recorren de arriba a abajo, me levantan del suelo y me empotran contra la barra. Y lo que es mejor: follaríamos durante horas.

Pobre Lucas, pensé, seguro que en aquellos momentos se había quedado dormido en el sofá viendo una película que ni siquiera le interesaba.

Lucas (3)

Abrí los ojos, esperando que a mi lado estuviese Dafne, necesitaba percibir su perfume, darle un beso en la mejilla, abrazarla, decirle que la quería… Pero no, allí estaba Anabel con los ojos abiertos, esperando a que me despertase. Agradecí haber dejado las cortinas apartadas, así el sol de la mañana pudo despertarme a una hora decente. Pero ¿decente para qué? Claro, para que Dafne no descubriese que habíamos dormido juntos. Pero ¿acaso había pasado algo entre ella y yo? No, claro que no. Me había limitado a acostarme en mi lado de la cama, temblando como un niño, y ella no había intentado forzar nada, ni siquiera me dirigió la palabra. Lo único que escuché fueron sus gemidos, supuse que se había masturbado a mi lado, pero no pude mirarla, no tenía el valor ni las fuerzas suficientes para hacerlo. Por suerte, el cansancio del día anterior me había vencido.

—¡Cucú! —dijo ella con una amplia sonrisa. Por suerte estaba tapada hasta el cuello, igual que yo.

—¿Qué hora es? —dije desperezándome y conteniendo un amplio bostezo.

—Tranquilo, Dafne tardará un rato más en llegar. Ya me ha avisado.

Me senté en el borde de la cama y le di la espalda. Escuché cómo se acercaba por detrás y posaba el índice sobre mi omóplato. Sentí mucho frío, ya que solo llevaba los calzoncillos, y se me erizó el vello de los brazos.

—*Cuñi*, pensaba que anoche serías mucho más valiente. Al final tuve que acabar yo solita.

—Por favor, no quiero hablar más del tema. Aunque solo hayamos dormido juntos, que esto se quede aquí, ¿entendido?

—Recuerda que no solo hicimos eso… —dijo sonriendo con malicia.

Me di la vuelta y la descubrí mordiéndose el labio inferior mientras dirigía la mirada hacia mis calzoncillos.

—¿Cómo que no? —dije.

—Ya sabes… —dijo inclinando la cabeza, refiriéndose a la planta baja—. Tú te corriste y yo también, gracias a tus deditos maravillosos.

—Es verdad —dije tapándome el rostro con las dos manos—. Mierda, mierda.

—Venga, vamos, me dirás que no te *requetencantó*. Lo deseabas y pudiste al fin cumplirlo. Aunque pensaba que también querías algo más —dijo ella apartándose de mí y tumbándose en mi lado de la cama.

La observé, estudié su cuerpo bajo las sábanas y pensé en poner la calefacción.

—Solo tienes que venir y darme lo que crees que me merezco —dijo ella contoneando el cuerpo—. Después sí haré como si no hubiese pasado nada entre tú y yo. Pero ahora necesito que me folles con ese trasto tuyo.

Dudar me hacía sentir un miserable, pero es que no podía creerme que allí, en mi cama, en la que tantas y tantas veces había hecho el amor con Dafne, estuviese ella, Anabel, una de las personas que más había deseado en silencio. Y si alguien ansía a una persona tanto… Algo quiere decir. ¿Cuántas personas había habido en la historia que se habían muerto sin haber podido cumplir sus deseos?

—No puedo hacerlo —dije cerrando los ojos, pero sin moverme un solo centímetro.

—Quizá luego no tengamos oportunidad de estar los dos solos, piénsalo.

—Me da igual.

—Te mueres de ganas y yo necesito que me destroces, aunque sea solo unos minutos. Yo también te he deseado durante mucho mucho tiempo, ¿lo sabías? Alguna que otra vez fantaseé con tenerte entre mis piernas, abrazarte e incluso besarte. Pero no, no quiero que me beses, solo que me folles, cuñadito mío.

Abrí los ojos de nuevo y la volví a contemplar. Me moría por acariciarla, solo por eso. Coger fuertemente aquellos muslos y percibir su dureza y suavidad, solo eso. Agarrar aquel trasero, levantarla y besarla, solo solo eso.

¿Por qué besarla? No lo sé. No la amaba, no estaba enamorado de ella, pero necesitaba introducir en mi mente algo que fuese romántico. Así, de esa forma, podía acallar mi apetito por Anabel.

De repente, ella se destapó hasta la cintura, dejándome ver aquellos pechos operados, con los pezones bien duros y grandes. Jamás los había contemplado así, siempre con un bikini y solo en verano, y a simple vista eran muy bonitos, he de reconocerlo. Por eso deseaba que llegase esa época del año y que coincidiésemos, para que la ropa fuese mínima y la piel deleitase mis sentidos.

—Mira bien lo que te pierdes, míralo bien y piensa tu respuesta —dijo ella pellizcándose un pezón.

Mi respuesta fue ponerme de pie y dar dos pasos hacia el frente. Pero me detuve, cogí aire y me di la vuelta, volviendo a ver aquellos pechos enormes. Si ella supiese que la parte que más me gustaba de su cuerpo estaba más abajo…

Aun así, agradecí aquella visión e incluso me dieron ganas de tumbarme junto a ella y cogérselos con las dos manos, para apretarlos y notar cómo eran en realidad. Porque nunca había estado con nadie con los pechos operados.

—Entra, venga —me ordenó, abriendo un pequeño espacio entre las

sábanas y el colchón.

Sabía que estaba excitado, no hacía falta bajar la cabeza. Notaba cómo mi miembro luchaba por salir y seguramente ella lo había visto. Las manos me temblaban, porque quería estirar de las sábanas y verla al fin desnuda. Hubiese sido tan fácil…

La magia del momento fue interrumpida por unos ruidos en la planta baja. Anabel se tapó y me miró con los ojos muy abiertos.

—¡Ya estoy en casa! —exclamó Dafne desde abajo.

Mascullé «mierda, mierda, mierda», y ella se quedó paralizada. De puntillas y a toda prisa corrí hacia el baño que había en el pasillo de la primera planta, sin pensar bien cómo iba a justificar todo aquello. Cerré la puerta con cuidado y me apresuré a meterme en la ducha.

—¿Dónde estáis? —preguntó Dafne, caminando por la planta baja.

—¡Aquí! ¡Yo estoy aquí! —exclamó Anabel.

Dejé que el agua fría recorriese mi piel hasta que se pusiese caliente. Así lograba relajarme y que mi parte baja también lo hiciese. Pero ¿qué demonios le iba a decir a mi novia? Claro, me estaba dando una ducha, pero Anabel estaba en nuestro dormitorio y mi ropa… ¡Oh!, ¡no! Mi ropa estaba… ¿En el dormitorio? ¿Dónde la había dejado?

Detuve el agua unos segundos y escuché los pasos de Dafne acercarse. Subía las escaleras, se dirigía hacia donde yo estaba, o más bien hacia donde estaba Anabel. Pensé que menos mal que la noche anterior había limpiado todo, de lo contrario…

—¡Me he vuelto a dormir! ¿Tú te crees? —exclamó Anabel. Supuse que había salido del dormitorio.

—¡Pero bueno! ¿Y Lucas? —le preguntó Dafne.

—En la ducha. El pobre se quedó dormido en el sofá, y hace un rato vino a despertarme.

En silencio, le di las gracias a Anabel, aunque no pudiese escucharme. Solo me faltaba tener mi ropa conmigo… ¡Oh!, ¡Dios!, pensé, ¿en serio no había cogido mi ropa?

Escuché que alguien tocaba la puerta del baño.

—Dormí en vuestra cama. No te importa, ¿verdad?

—¡Qué va! ¡A que es cómoda!

—Muchísimo. Donde esté un buen colchón de látex de esos…

—¿Se puede? —preguntó Dafne mientras seguía tocando la puerta.

—¡Ya salgo, amor! Dame un segundo —exclamé.

Ella dejó de insistir, y después escuché que ambas seguían hablando y se alejaban, bajando por las escaleras. Cogí aire, muchísimo aire, ni me enjaboné la cabeza, y salí a toda prisa, secándome por encima y colocándome de nuevo los calzoncillos sucios. Abrí despacio la puerta, chequeé que no hubiese nadie por allí cerca, y me dirigí sin pensarlo más hacia el dormitorio. En un primer momento, me desesperé al no ver mi ropa por ninguna parte, pero enseguida me agaché, eché un

vistazo por debajo de la cama y allí divisé mis pantalones, zapatos y camisa. Salvado. Anabel había pensado en todo, y otra vez se lo agradecí.

—¡Ahh! —gritó Anabel.

Y después de eso escuché muchos besos seguidos, como lo haría una abuela.

Cogí mi ropa, me vestí en solo unos segundos y bajé las escaleras tan rápido que casi me tropiezo y me rompo la crisma.

Y lo que vi allí abajo no me hizo ninguna gracia, ninguna. ¿O debería haberme aliviado?

Dafne (3)

¡Menuda cara puso Anabel al descubrir que su novio había venido a casa por sorpresa!

—Chica, chica, que me vas a gastar con tantos besos —dijo Miguel cogiéndola de los brazos para apartarla unos centímetros.

—¿Cómo es que estás aquí? ¿Y el trabajo? —preguntó ella con el ceño fruncido y cruzándose de brazos.

—Algún año tenía que cerrar en Navidad, me cago en la mar. Así la pasamos todos juntos, como una familia normal, ¿no? —dijo mirándome y sonriendo de forma pícara.

En ese momento, recordé la increíble noche que habíamos pasado y que, por supuesto, se lo omitiría a Anabel. Me notaba algo escocida en la parte baja, pero había valido la pena. Hacía mucho que no pasaba tantas horas haciéndolo de aquella manera tan salvaje. Miguel sabía cómo satisfacer a una mujer, y no solo con su polla, sino también con su lengua. ¡Qué lengua, Dios mío! ¿Cómo podía moverla tan bien?

Cuando bajó Lucas, se quedó boquiabierto al ver a Miguel. Seguramente había escuchado los gritos de mi hermana y quizá se había creído que se trataba de otra persona. Pues no, allí estaba mi Miguel con su chupa de cuero y su baja estatura. Ay, si al menos midiese unos centímetros más…

—¡El rey de Roma ha llegado! ¡Ven aquí, grandullón! —exclamó Miguel dirigiéndose hacia Lucas.

Ambos se dieron la mano, pero después Miguel se apresuró a darle un fuerte abrazo.

—¡Bienvenido a casa! ¡Esto sí que es una sorpresa! —dijo Lucas mirando a Anabel.

—¿A que sí? —dijo ella acercándose a ellos.

—Tuve que salir antes del hospital para ir a recogerlo —aclaré cruzando los brazos.

—¿Así que vosotros dos estabais compinchados? —preguntó Anabel riendo.

—Yo le dije que no se molestara, pero ya conoces a tu hermana —añadió Miguel—. Ella erre que erre. Solo le dije que vendría sin avisarte, y se ofreció a venir a buscarme.

—Qué malo eres —dijo Anabel dándole un puñetazo amistoso en el hombro.

Me acerqué a Lucas y levanté la cabeza para que me diese un beso. Él lo hizo, pero lo noté frío.

—¿Todo bien? —pregunté.

—S-sí, ¿por qué? —musitó.

—¡Oye! ¿Dónde dejo los trastos? —preguntó Miguel.

—Ven, ven, te acompaño a nuestra habitación —dijo Anabel subiendo el primer peldaño de las escaleras.

Él cogió la maleta que estaba en medio del salón y me sonrió.

—Dejo la maleta, me cambio y bajamos a ponernos al día, ¿sí?

—¡Claro! —exclamó Lucas con una sonrisa que me pareció algo falsa.

Cuando los dos se marcharon, caminé hacia el sofá y vi la manta que le había dejado a Anabel la noche anterior, aunque mal colocada. La doblé y después me senté a un lado. Aún notaba el clítoris hinchado.

—¿Seguro que todo está bien? —insistí.

Él se acercó a mí y se quedó de pie.

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, te veo algo rarito. ¿No hay nada que me tengas que contar?

—¿Contar de qué? —exclamó, algo alterado y resoplando.

—Ah, no lo sé, tú sabrás por qué tienes esa cara de molesto con el mundo. Sé que te ha sorprendido que viniese Miguel, pero tu reacción parece que sea por otra cosa.

—¿Por qué va a ser? Solo es que me pegaste un susto cuando… Cuando te escuché dar golpes en la puerta del baño.

—¿Y eso de que dormiste en el sofá? Mira que me lo imaginé, me dije: «Lucas se quedará dormido viendo cualquier cosa». Nunca me suelo equivocar.

—Pues sí, eso hice. Me puse una comedia de esas románticas y me quedé frito. Me desperté al cabo de unas horas, pero me dio pereza subir a la habitación.

—Pues mejor, porque Anabel acabó en nuestra cama —dije sonriendo y estudiando qué cara ponía él. Lo vi muy nervioso, demasiado, incluso se metió una mano en el bolsillo del pantalón, un gesto que no solía hacer.

—Escuché que durmió bien, ¿verdad?

—Sí, mejor que yo, seguro.

—¿Mucho trabajo en el hospital?

—Mucha guardia. En general ha sido una noche tranquila.

Finalmente se sentó junto a mí y me pasó el brazo por detrás de la espalda. Me besó en la mejilla y después buscó mi boca, pero no me dejé.

—¿Me quieres? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso lo dudas?

—No lo dudo, pero me gusta escucharlo de vez en cuando.

—Claro que te quiero, tonto —dije dándole un tímido pico. Me gustaban aquellos labios carnosos, y agradecía poder besar a alguien

después de una noche como la que había pasado. El sexo sin nada de amor me resultaba algo frío, aunque fuese pasional, explosivo e incluso agresivo. Cuando te acostabas con alguien, tarde o temprano florecía el amor en ti, y la forma más fácil y directa de demostrarlo era besando a la otra persona. Pero eso con Miguel era imposible.

Besé a Lucas de nuevo, nos fundimos en un tierno morreo, luchamos con las lenguas, las enlazamos, hablamos sin mediar palabra. Todo aquello lo animó y me lo hizo saber posando la mano sobre mi muslo. Quería que abriese las piernas para acariciarme el clítoris, pero no lo hice.

—Te recuerdo que no estamos solos —le avisé mirándolo fijamente a los ojos.

—Lo sé, pero tengo muchas ganas de ti.

—Yo también, pero ahora no podemos —dije dándole una palmada en la mano que me acariciaba.

Escuché risas en la primera planta y volví a pensar en Miguel y en la fabulosa noche que habíamos pasado juntos. También imaginé lo bien que lo pasaría él con Anabel los días que estuviesen en casa y lo mucho que lo desearía. Quizá en algún momento lo tendría para mí, o quizá no, quién sabe. Lo mejor de que me escociese la parte baja era que no tenía tantas ganas de volver a estar con Miguel a solas. Me había dejado saciada por unas cuantas horas o quizá días.

—Esta noche no te me escapas —dijo Lucas dándome un beso en el cuello.

—Ah, ¿no? ¿Qué me tienes preparado?

—Nada, no me gusta planear esas cosas. Me encanta que surja, sin más. Y creo que nos hace falta.

—Tendrás que ir con cuidado. No sé si comí algo que me sentó mal o quizá son los nervios, pero tengo algo de molestias ahí abajo.

—Oh, pues te mimaré mucho e iré con ojo —dijo dándome un fuerte abrazo.

—Venga, vamos a preparar algo para picar —agregué poniéndome de pie.

—Cortarrollos.

Me iba a girar para contestarle, pero seguí mi camino hacia la cocina y él optó por seguirme, aunque algo resignado.

Estaba algo alterada, lo sé. No dejaba de prestar atención a los sonidos de la habitación de Anabel y Miguel. Por suerte, no hicieron nada de ruido y así pude concentrarme en Lucas y en su desesperación. Al final le dije que no me apetecía que me comiese ahí abajo. Aún lo tenía dolorido y algo enrojecido y, sinceramente, no me apetecía nada follar ni con él ni con nadie. Estaba saciada y lo seguiría estando al menos hasta el día siguiente. Sabía que él, con la poca luz

que había en la habitación (solo una vela sobre mi mesita de noche), no se daría cuenta de que tenía mi cavidad pidiendo clemencia, pero, aun así, no quería correr riesgos.

Le agarré su duro y gordo rabo y lo masturbé con violencia. Porque sabía que así él acabaría pronto.

—No, por favor, así no… —gemía él con los ojos cerrados.

—Mírame.

—Más estímulos no o me correré rápido. Lo siento, lo siento, lo siento.

Cómo odiaba que se disculpase por correrse antes de tiempo. Aunque aquella noche me sorprendió, y estuvo al menos diez minutos en pie, aguantando mis toqueteos y lametones. Pero sabía que tarde o temprano estallaría, era lo que decía el manual sexual de mi pobre Lucas. Yo ni siquiera me había quitado la parte de arriba, solo la de abajo, pero aún llevaba mis bragas color carne. Aún recordaba las que me había puesto para Miguel, pero no eran bragas, sino tanga de hilo con una cadena plateada que se me metía en todo el culo. Sabía cómo hacerlo feliz, como a Lucas, aunque no sabía cómo podía disfrutar corriéndose tan rápido.

De pronto, escuché risitas en la habitación de Anabel. Sin duda se lo estarían pasando mejor que nosotros, pensé. Me hubiese encantado estar con Miguel aquella noche, dormir con él, oler su perfume, su piel, acariciar aquellos fornidos brazos, dejar que me abrazase como lo hizo la noche anterior. Dormimos poco, pero me bastaron unas pocas horas para despertarme como una rosa.

—No quiero correrme… —suplicó Lucas.

—¿Paro?

Me miró extrañado y cogió aire.

—Quiero darte, sentirte de una vez.

—Hoy no podrá ser, amor, lo siento. Ya te dije que…

—Iré con cuidado, lo prometo.

—Mañana estaré mejor, ya verás —dije acariciándole el glande.

—Te quiero.

—Y yo.

Lo dije sin sentimiento, sin ganas, pero lo dije. Pobre Lucas, qué poco sabía de todo lo que estaba pasando por mi mente. Él se lo había buscado, ya que también me había ocultado lo de su trabajo, algo que odiaba. Necesitaba sacarle el tema un día de esos, pero no con Anabel y Miguel en casa. Esperaría a después de Navidad y fin de año. Y encima sabía que de dinero nunca había ido bien. Seguramente estaría tirando de tarjetas de crédito.

—¿Entonces no te quieres correr? —insistí.

—Te esperaré y lo haremos a la vez.

—Si casi nunca puedes conseguir eso —reí.

—Aguantaré, lo prometo. Me tocaré antes, me mentalizaré y esperaré a que tú también estés a punto, lo juro.

—Acepto el reto —dije soltándosela.

Él suspiró y se inclinó hacia mí para darme un beso. Pero solo unimos los labios, poco más.

—Me muero de sed. ¿Me traerías un poco de agua? —le dije mientras me ponía de lado y apoyaba la cabeza en la almohada. Aún podía percibir el perfume de Anabel en ella.

—Sí, claro, ahora vengo —dijo acariciándome el pelo y colocándose los calzoncillos y la camiseta de dormir color naranja.

Me gustaba lo cariñoso que era conmigo, pero le faltaba energía, ganas, ímpetu… ¿Garra? ¿Era eso? Odiaba compararlo con Miguel, pero era inevitable, y más cuando lo había tenido la noche anterior entre mis piernas. Al pensar aquello, reconozco que me excité, pero el cansancio me pudo. Escuché a Lucas bajar las escaleras y también las risitas de Anabel desde su dormitorio. Cerré los ojos, fundiéndome con la oscuridad que me rodeaba y, sin quererlo, me quedé dormida.

Lucas (4)

Además del vaso de agua para Dafne, me serví un dedo de *bourbon* y me lo bebí de un trago. Volví a llenarlo con la misma medida y volví a bebérmelo. Estuve a punto de servirme otro, pero no quería tener que levantarme en medio de la noche para ir al baño. Dos eran más que suficientes.

Todavía recordaba a Anabel tapada y también destapada con las sábanas, suplicándome para que le diese lo que se merecía. No, aquello no estaba bien, y debía dejar pasar los días y hacer como si allí no hubiese sucedido nada. Maldecía el momento en el que acepté ver aquellos cortos junto a ella. ¿En qué estaría pensando? Estaba claro que ella quería llevarme para su terreno y que cayese en sus garras. Y no lo entendía, porque con Miguel parecía que estaba todo bien, los dos se deseaban y lo demostraban constantemente. Al menos Anabel casi no me había dirigido la palabra en todo el día, ni siquiera me había mirado fijamente. Suponía que eso significaba que aceptaba mi decisión de no formar parte de esa locura. Y eso era lo correcto, porque yo quería a Dafne, la amaba, y por nada del mundo me acostaría con otra persona. Y mucho menos con su hermana, por mucho que la desease. Podías suspirar por muchas personas, pero del dicho al hecho, como bien se dice, hay un trecho.

Subí con cuidado las escaleras, notando los fríos peldaños y oyendo de fondo las risas de Anabel. A Miguel no se le escuchaba nada, algo que agradecí. Se me derramó un poco de agua sobre la pierna y maldije en silencio, por llenar siempre el vaso hasta casi el borde. Fui directo al dormitorio y me encontré a Dafne con los ojos cerrados. Dejé el vaso sobre su mesita de noche y me incliné para darle un beso en los labios.

—Amor, ahí tienes —susurré.

Pero Dafne solo me contestó con una respiración fuerte y constante. Estaba plácidamente dormida. Aun así, le di un beso en la mejilla y le acaricié la frente. Soplé la vela que aún estaba encendida y percibí el olor que dejaba el débil humo. Después, di un paso, dos, tres y volví a escuchar una risita de Anabel y, tras eso, un gemido. No fue fuerte, más bien débil, como conteniéndose. De pasada, cuando llevaba el vaso de agua, me fijé que tenían la puerta entreabierta. Quizá la misma Anabel era la que la había dejado así.

¿Por qué pensaba todo aquello? No lo sabía, pero estaba decidido a volver a mi lado de la cama. Otro paso firme, otro más y… Un nuevo gemido. Y la imagen de ella con los pechos al aire acudió a mi mente. Las piernas, los pies, la piel, por favor, la piel… ¡Y su sexo! ¡Oh! ¡Qué

húmeda estaba la noche anterior!

Otro paso firme, otro gemido. Parecía que estábamos acompasados. Una risita, otro paso. Me detuve y negué con la cabeza. Me rasqué la nuca, como siempre hacía cuando tenía dudas de algo, e inspiré fuertemente. Necesitaba más aire, más fuerzas, más de todo. Claro, necesitaba ir al baño, así no me tendría que levantar en medio de la noche, porque el *bourbon* no perdonaba. Reí al pensarlo. Y encima al día siguiente supuestamente madrugaba para ir al supuesto trabajo. Tenía que dormir bien y aún faltaban varias horas para que amaneciese.

Cogí mi teléfono de la mesita de noche, di media vuelta y caminé de puntillas hacia el baño, escuchando cada vez más cerca los tímidos gemidos de Anabel. De Miguel solo pude oír algunas palabras, pero hablaba en susurros. Cogí más y más aire y cerré los ojos, concentrándome para dejar la mente en blanco. Quería borrar de mi mente todo lo ocurrido la noche anterior, pero me era imposible. En el fondo necesitaba eso, contemplarla una vez más y definitivamente cerrar ese breve capítulo de mi vida. Solo una vez más, un vistazo rápido, una foto, aunque no estaba sola y sabía que a lo mejor lo que veía y capturaba no me gustaba.

Avancé cerca de la pared, de puntillas, muriéndome de frío por seguir pisando el suelo. Ellos ya no gemían, solo musitaban. ¿Y si ya habían acabado? Daba igual, si me veían, siempre podía preguntarles si necesitaban algo, claro, eso les diría, pensé sonriendo. Seguro que, si me hubiese podido ver desde fuera, habría visto la cara de tonto que se me había puesto.

Al llegar junto a su puerta, contuve el aire para no hacer nada de ruido, ni siquiera al respirar, y me incliné lo justo y necesario para poder observar el interior del dormitorio. Y allí la vi, era ella, Anabel ¡a cuatro patas! Era increíble poder verla así, un sueño, un espectáculo. Y, desde donde yo estaba, hasta podía distinguir parte de su clítoris y su sexo, e incluso vi ese pequeño tatuaje que tenía en el interior del muslo con forma de triángulo. Por favor, aquello no podía estar pasando.

—Esta noche te daré lo tuyo, nena, te llenaré enterita —dijo Miguel desde un ángulo desde el cual no lo podía ver, supuse que estaría en el baño en suite del dormitorio—. Pero no tanto como quisiera, ya tú sabes…

—Vamos, que te habrás quedado a gusto con mi hermana anoche, ¿no? Que la muy listilla se piensa que me chupo el dedo. Menos mal que mi amorcito me lo cuenta todo. ¿A que follasteis de lo lindo?

Al escuchar aquello, noté un pitido en la sien o en alguna parte de mi cerebro. ¿Era cierto lo que acababa de escuchar?

Él soltó una carcajada y se acercó a ella. Al hacerlo, tapó la hermosa

visión que tenía y vi el trasero de él, ¡menudo horror! En ese momento, dejé de mirarlos, me quedé pegado a la pared, junto a la puerta y agarrando el móvil fuertemente. Si se caía, tendría un problema muy grande.

—¿Sabías que se quiere operar las domingas? —le preguntó él.

—Sí, me lo dijo nada más llegar. Está tonta.

—Eso le dije yo, con lo buenorra que está al natural.

—A ver si entre los dos la convencemos.

—Que lo haga su novio, aunque de momento me dijo que Lucas no sabe nada del tema.

—Ya, no se lo quiere contar, pero tendrá que hacerlo tarde o temprano.

Me llevé la mano a la cara ardiendo, y noté un pinchazo en el estómago. Sentía calor por todo el cuerpo, incluso en los pies desnudos, y traté de controlarme. Primero un golpe y después el otro. Parecía hecho a propósito. Y la mente me iba de aquí para allá, sin saber cómo reaccionar a todo eso. Tenía mil preguntas, mil dudas y no podía hablar con nadie, ni siquiera con Dafne, aunque lo deseaba.

—¿Tú qué tal anoche? —preguntó él.

Pero ella le contestó con un gemido. Escuché una palmada, después otra. Sin duda había comenzado a cabalgarla y ella se entregaba al placer.

—Buf, p-pues más o-o m-menos —dijo al fin Anabel entre suspiros.

—Ah, ¿sí? ¿Fuiste mala?

—Claro… —gimió—. Me toqué un poquito, solo eso.

Suspiré, aliviado. Bravo, Anabel.

—¡Ja! Pensaba que me dirías otra cosa.

—¿El qué te iba a decir?

Pararon, o eso supuse. Escuché unos pasos y la puerta se cerró del todo. El corazón me iba a mil y los pinchazos seguían torturándome en el estómago, y a eso se le sumaban las náuseas y el mareo. Menos mal que no había cenado demasiado, pensé. Escuché que seguían hablando en un tono más alto, por eso Miguel había cerrado la puerta.

Me dirigí rápidamente al baño y me senté en el retrete, orinando un poco e intentando aclarar por mi cuenta lo que estaba sucediendo. Maldita sea, me dije, ¿acaso Dafne me había puesto los cuernos con Miguel? ¿Y Anabel lo sabía? ¿A qué jugaban esos tres? ¿Acaso yo era el único imbécil que no se enteraba de la película?

Y los pechos, los pechos, me dije, ¿qué era eso de que se quería operar? Con lo justos que íbamos de dinero, y jamás me había comentado que las quería más grandes. Estaba claro que no podía confiar en ella para nada, era como un cero a la izquierda, un novio florero. Entonces caí que por eso había estado tan rara conmigo aquella noche. Por eso no le apetecía que se lo hiciese. La muy infiel

se había quedado satisfecha, pero que muy satisfecha.

Todavía sentado en el inodoro, desbloqueé el teléfono y me fui directo a la carpeta con contraseña. Sí, eso era lo que necesitaba, y en ese momento más que nunca. Si Dafne me había sido infiel, se merecía que volviese a las fotos de Anabel. Qué lástima que no pudiese capturar el momento en que la vi a cuatro patas, porque esa sí que hubiese sido la mejor foto de mi colección, pensé mientras buscaba una instantánea que le había hecho el verano anterior.

Sí, lo recordaba bien, habíamos quedado todos para hacer una barbacoa en una casa con piscina que alquilamos un fin de semana. Ella estaba en bañador y se dirigió hacia el agua y, justo cuando estaba a punto de lanzarse, hice una ráfaga de fotos. Tenía aquellas perfectas piernas flexionadas y extendidas de todas las maneras posibles.

Unos gemidos interrumpieron mis recuerdos. Venían de nuevo de la habitación de Dafne. Eso, eso, pasadlo bien, me dije, que yo también me divertiré a mi manera. Pellizqué la pantalla para aumentar la imagen de las piernas de Anabel y, cuando vi que era el momento, me masturbé. Lo hice fijando la mirada en ella, pero, a diferencia de otras veces que me había masturbado así, pensé también en la noche anterior, cuando Anabel me cogió y me apretó hasta exprimirme. Sí, aquello provocó que, por unos instantes, olvidase aquella horrible realidad que me rodeaba.

Tras unos segundos, cuando sabía que mi orgasmo era inminente, me apresuré a coger un poco de papel higiénico y lo puse justo delante. Y apunté bien.

Al acabar, pulsé el botón de la cisterna y lo que se marchó fue agua, esperma y orina, pero mis dudas siguieron en su lugar, taladrándome y volviéndome loco.

Me miré en el espejo y noté que tenía los ojos rojos. Quería llorar, pero no me salía el llanto. Y tenía que aguantar hasta el día siguiente para salir de casa. ¿Por qué no irme esa misma noche? Me dije. ¿Por qué no coger mis cosas, al menos las más importantes, y marcharme a cualquier otra parte?

Al final me resigné y fui directo a la cama, pero me coloqué lo más alejado posible de Dafne. Al cerrar los ojos, me la imaginé una y otra vez con Miguel. Y en esas fantasías, ella aparecía con el pecho operado, muy similar al que tenía Anabel, con los pezones duros, inmensos. Y él no paraba de apretárselos y comérselos. Ambos gritaban de placer y ella se reía a carcajadas. Tuve ganas de llorar, pero no me salió una sola lágrima. Tan solo pude consolarme recordando a Anabel en aquella postura tan sugerente mientras esperaba a Miguel. Otra vez él, de verdad, qué pesadilla y qué trasero tan blancucho y horrible tenía.

Dafne (4)

Lucas no estaba a mi lado cuando me desperté, ni siquiera había oído su despertador. Y era raro, porque siempre lo escuchaba, por más temprano que lo pusiese. Cogí mi teléfono de la mesita de noche y vi la hora: las siete y media. Quizá estaba desayunando.

Por suerte, yo no trabajaba hasta el día siguiente, y podía estar un poco de relax con mi hermana y Miguel. Ya habíamos hablado el día anterior de qué planes hacer, y seguramente nos iríamos todos de compras, pero por la tarde, cuando Lucas volviese de su supuesto trabajo. Pensar en aquella mentira me ponía de muy mal humor.

Me puse en pie, me coloqué los calcetines y caminé a paso rápido hasta el baño de la primera planta, pero enseguida recordé a Anabel y Miguel, y me dirigí hacia su habitación, para ver si aún dormían. La puerta estaba casi abierta de par en par, pero dentro solo pude ver a Miguel, respirando fuerte, sin llegar a roncar. Estaba tapado hasta el cuello, durmiendo boca abajo. ¿Y mi hermana dónde estaba?

Bajé las escaleras a toda velocidad y me dirigí a la cocina. Allí no había nadie y no había rastro de que alguien hubiese estado desayunando. Pensé en enviarle un mensaje a Lucas, pero finalmente se lo envié a Anabel.

Hola, hola. ¿Se puede saber a dónde has ido?

Pero Anabel no me contestó. No me salía en línea como a veces, que le mandaba algún saludo y no me contestaba enseguida. Fue entonces cuando decidí subir al dormitorio de Miguel y despertarlo de una vez.

—¡Miguel! ¡Miguel! —dije cogiéndole del brazo.

Él se dio la vuelta, se desperezó y dejó al aire sus pectorales marcados repletos de pelo disperso, pero no abundante.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Las siete y media pasadas. ¿Sabes dónde está Anabel?

—Se fue hace… No sé qué hora era, pero me dijo que se iba al centro a comprar unos regalos o qué se yo.

—¿Qué? ¿No habíamos quedado para ir todos esta tarde?

—A lo mejor no quería que viésemos lo que iba a comprarnos, guapetona —dijo él apoyando la espalda en el cabecero de la cama.

—Está bien, te creo, pero es que tampoco he visto a Lucas.

—Se fue con él. Aprovechó que se iba a currar, o vete tú a saber dónde, y así se ahorraba el dichoso bus —dijo dando varias palmadas

al colchón—. Venga, vente para acá, *baby*.

—No, ahora no me apetece —dije cruzándome de brazos.

—Ah, ¿no? ¿Y eso desde cuándo?

—Desde la otra noche —dije conteniendo la risa.

—A lo mejor te tengo que recordar algunas lecciones, por si las has olvidado o tienes dudas.

—No me hace falta, machote —dije inclinándome hacia él.

No podía resistirme, era así. Deseaba darle un beso en aquellos labios, morderle el labio inferior y que me cogiese fuertemente del culo. Pero me sentía mal por hacerlo en mi casa, en nuestra casa.

—Hagamos lo que hagamos, se lo diremos a Anabel, ya sabes… —dijo él destapándose por completo y mostrándome su polla medio dura.

—¿Y eso? —exclamé levantando una ceja.

—Ya ves que tardo poco en ponerme en marcha.

—Sí, lo tuyo es increíble, pero ahora me gustaría desayunar y planear bien el día. Quizá luego, si tenemos tiempo y sabemos a qué hora vuelven, podamos estar un rato juntos.

—No hay mejor desayuno que tu chochito, *baby* —dijo él inclinándose hacia mí y agarrándome del culo. Me lo sobó, me abrió las nalgas y juntó la cabeza contra mi vientre. Estuve a punto de caer, pero era verdad eso de que me había dejado saciada la otra noche. Muy saciada. Aún lo tenía resentido, y sabía que con Miguel la cosa no duraría ni diez ni treinta minutos.

—Venga, vamos —dije apartándome de él.

—¡A que te cojo y te lo hago en tu cama!

Solté una carcajada al escuchar aquello y negué con la cabeza.

—Ni se te ocurra, machote.

Él hizo ademán de saltar hacia mí, pero supo leer mis ojos y desistió.

—Ok. Entonces, si no puedo desayunarte, prepárame alguna delicia que logre consolarme —dijo poniéndose de pie en la cama. No pude evitar mirar su nabo, aún medio duro, balanceándose de izquierda a derecha. Él se dio cuenta de ello y movió las caderas para que se balanceara aún más. Asentí con la cabeza mientras sonreía, y no aparté la mirada de aquel punto. Y él siguió moviéndose más y más hasta que su rabo alcanzó su tamaño máximo. Avancé hacia él y lo contemplé desde abajo, ya que me sacaba varios centímetros al estar de pie en la cama. Así sí que era más alto que yo.

—Tienes un pene muy bonito, ¿lo sabías? —le dije posando el índice sobre la base y, poco a poco, desplazándolo hacia el glande. Él cerró los ojos y mantuvo aquella sonrisa que le caracterizaba.

—Toda para ti, *baby*.

—¿A veces sabes qué pienso? —dije mientras volvía a la base.

—Dime, dime —contestó con los ojos aún cerrados.

—En tenerte para mí sola, viviendo contigo y trabajando contigo.

Él abrió los ojos rápidamente y arqueó las cejas.

—¿De verdad? ¿Tendrías los ovarios de dejar tu vida para venirte a Asturias?

—Son solo fantasías —dije mientras le agarraba el miembro y retraía el prepucio. El glande estaba totalmente hinchado y rojo—. Pero a veces cuando estamos juntos lo pienso y… ¿Quién sabe? Sé que mi hermana nos deja pasarlo bien cuando nos dé la gana, pero a veces siento celos de ella.

—Me quieres todito para ti, eso es. Eres una *apacaradora*.

—Acaparadora —dije riendo.

—¡Eso, leches!

—¿Tú qué opinas? —dije mientras comenzaba a masturbarle despacio.

—Oh, no me hagas eso porque me vas a obligar a hacértelo al final. Y bien fuerte.

—Shhh… Te he hecho una pregunta.

—Opino que ojalá no fueseis hermanas para poder estar los tres juntos y revueltos.

—Ah, ¿sí? ¿Eso piensas?

—¡Claro! Y, ojo, entiendo eso de que no os haga gracia acostaros conmigo las dos a la vez. Os tenéis más vistas que el tebeo, y entre hermanos no suele haber deseo…

—De todas formas, no me considero bisexual —dije masturbándolo más fuerte y llegando con la mano casi hasta los testículos.

Él cerró los ojos de nuevo y gimió. Y yo seguí dándole y dándole. Pero me detuve en seco, porque quería escuchar algo que me convenciese, algo que me hiciese bajar a la realidad y confirmar mi apetito por aquel hombre.

—¿Ya? —exclamó.

—¿Y si tuvieses que elegir entre las dos o no verme más? ¿Qué me dices a eso?

—Hay que ver cómo sois las mujeres, ¡de verdad! —dijo posando las manos sobre la cintura—. Ahora mismo, no lo sé bien, no puedo pensar con tu mano cogiéndome…

—Respuesta incorrecta, te daré otra oportunidad —dije acariciándole el glande, tal y como se lo hacía a Lucas—. ¿Qué sientes por mí?

—Pues… Pues me gustas un montón y me lo paso genial contigo, no lo voy a negar. Y si no estuviese con Anabel, seguramente te diría de ser novios, ¿por qué no?

—¿Te gustaría ser mi novio? —dije volviéndolo a masturbar.

—¡Sí! ¡Oh!, ¡sí! Me gustaría, me gustaría, *baby*…

—¿Lo dices en serio o porque te estoy pajeando?

Paré de nuevo en seco.

—¿Tú a dónde quieres llegar? —me preguntó con expresión seria.

—A donde quieras tú, amor, a donde quieras tú —le dije mirándolo fijamente a los ojos. Yo tampoco sonreía, pero tampoco estaba seria, era una expresión concentrada, esperando algo que parecía que nunca iba a llegar.

—Me gusta oír eso de «amor» —dijo al fin él.

—¿En serio? Pensaba que te molestarías.

—De verdad, ¡qué capulla eres a veces! —dijo riendo e intentando agacharse hacia mí, pero lo detuve, posando la otra mano sobre su pecho.

—No, quietecito ahí, aún no hemos acabado —dije mirándole fijamente la parte baja—. Y no, no soy una capulla. Solo soy alguien que te está diciendo claramente lo que siente por ti.

—¿Estás enamorada de mí?, ¿es eso?

—No soy una niñata, Miguel —dije volviéndolo a mirar a la cara, pero sosteniéndole con firmeza el falo—. Soy una mujer con una vida, un novio de hace años, un trabajo estable y una familia. Y si antes no he sido lo suficientemente clara, lo voy a ser ahora: lo dejaría todo por ti, no lo pensaría ni una sola vez. Me iría contigo a Asturias si tú me dijeses que sientes lo mismo, y me darían igual las consecuencias. —En ese momento noté cómo el nabo comenzaba a relajarse, pero lo mantuve en mi mano—. Estoy harta de dejarme llevar, de que pase el tiempo y de no hacer lo que realmente quiero. Y quizá soy egoísta, mala persona, mala novia y hermana, pero no puedo negar mis sentimientos. A veces creo que la única loca que hay en el mundo soy yo, y eso me agobia no sabes cuánto.

—No estás loca, guapísima.

—Lo único que sé es que ahora mismo no aceptaré un no por respuesta. Piénsatelo durante estos días en Mallorca y respóndeme cuando vuelvas a Asturias.

—No quiero joder a Anabel, ¿me entiendes?

Su polla ya estaba a la mitad de su tamaño.

—Me harás daño si no eres sincero y sigues jugando conmigo.

—Joder, ¿no podemos seguir como hasta ahora?

—Creo que no. Cada vez que nos vemos y estamos a solas, me alejo más y más de Lucas y de mi vida con él, incluso de mis recuerdos. Si todo sigue igual, tarde o temprano acabaré dejándolo.

—¿Estás segura de eso?

—Sí, no es nuevo para mí. Ya llevo pensándolo un tiempo y, cuando vine a recogerte, comprobé que lo que siento por ti es cada vez más fuerte. Y, aunque dejase a Lucas, querría estar contigo, sin Anabel de por medio.

—Me dejas muy loco con todo esto, pero vale, está bien, te daré una respuesta cuando vuelva o…

—¿O? —dije levantándole el falo para que no se empequeñeciese más.

—O a lo mejor te la doy antes, quién sabe. Todo depende de cómo lo pasemos estos días —soltó una carcajada y me acarició la cabeza.

—¿Quién te folla mejor? Necesito saberlo.

—Tú, sin duda alguna.

Sonreí al escuchar aquello. Aunque quizá me mentía y solo quería regalarme los oídos.

—Y mira que yo tengo energías, pero tú siempre me ganas —agregó él.

—Porque me vuelves loca, Miguel. Y, si estuviésemos siempre juntos, no te imaginas lo bien que lo podríamos pasar.

—A lo mejor te aburrirías de mí —dijo riendo—. ¡Mira cómo me la has dejado con tanta charleta! —dijo señalándosela con el índice.

Iba a contestarle algo cuando finalmente me decidí, avancé la cabeza y me la metí entera en la boca. Y lo conseguí porque la tenía a la mitad de su tamaño y algo blanda. Él gimió, casi gritó y tensó las piernas. En unos pocos segundos, al avanzar y retroceder la cabeza, volvió a recuperar su forma y dureza, y tuve que conformarme con metérmela hasta la mitad. La lamí, la rodeé con la lengua y volví a tragármela.

—Joder, joder, ¡qué bien lo haces, *baby*!

Me la saqué de la boca, le pegué un lametazo al glande y cogí aire. Notaba mi clítoris ardiendo y no era por ninguna molestia de la noche pasada.

—¿Me quieres? —pregunté notando que se caía una gota de saliva al suelo.

—¿Que si te quiero? ¡Claro que te quiero! Aunque no me guste decirlo y también quiera a…

—No lo digas, no me interesa. Solo quiero que sepas que lo dejaría todo, todo por ti, por estar a tu lado y follar todos los días como siempre lo hacemos. Necesito a un hombre de verdad, alguien que me desee y lo demuestre siempre.

Él iba a decir algo, pero le corté.

—Porque yo también lo demuestro, Miguel, y no hay nada que me frustre más que no poder follarte todos los días cuando nos vemos cara a cara.

Él se iba a apartar cuando le agarré fuertemente el rabo y se detuvo.

—¿Me dirás ahora que no quieres hacerlo? —preguntó levantando los brazos.

—No, ahora no. Solo quiero que disfrutes, pienses en nuestro futuro juntos y te corras. Solo eso.

—Eres un demonio, *baby* y eso me encanta.

—Y tú me encantas a mí…

Y me lo volví a comer todo, con furia, con rabia, por sentir que no era la protagonista y, para serlo algún día, tendría que luchar, pelear duro y soportar las mayores tempestades. Pero estaba dispuesta a hacerlo con tal de tener a Miguel para mí solita.

De repente me vino Lucas a la cabeza, pero fue un pensamiento fugaz, algo borroso, ya que Miguel me cogió la cabeza para que se la comiese con mucha más violencia. Y lo hice, porque sabía que si se corría al cabo de pocos minutos, era porque dentro de él había algo más que deseo, o no necesariamente, pero anhelaba que así fuese. Mis palabras le habían calado hondo, y cuando el amor se fundía con el sexo y formaban una unión perfecta, creaba un orgasmo de los más perfectos y mágicos que hay.

Y no me equivoqué: se corrió al poco tiempo, soltando el primer chorro potente dentro de mi boca y el resto en mi barbilla, cuello y camiseta.

—Te quiero, mi amor —le dije mientras me palpaba el mentón húmedo por sus fluidos.

—Yo también te quiero, preciosa —dijo pisando el suelo, inclinándose hacia mí y dándome un tierno beso en los labios. ¡Cómo me gustaba que a Miguel no le importase darme un beso aun teniendo la boca llena de esperma!

Lucas (5)

Estábamos sentados al fondo de un restaurante al más puro estilo *diner* estadounidense, llamado Estrella del Alba. El suelo era ajedrezado, y las paredes estaban repletas de marcos triangulares con dibujos hechos con líneas finas que reflejaban varios paisajes y lugares. La mayoría de los asientos que había en aquel lugar eran sofás de dos plazas de tapicería color rojo, enfrentados, y en medio una mesa cuadrada con el grabado de un ojo con una lágrima.

Lo que más me extrañó fue que por ninguna parte vi decoraciones navideñas ni arbolitos de Navidad. Nada, era como si para aquella gente esa fiesta no existiera.

Era increíble lo que cambiaba Anabel vestida de invierno, para nada parecía lo que escondía por debajo. Encima, aquel abrigo de plumas color rosa la hacía más pequeña de lo que era en realidad. Al menos por debajo llevaba solo unas mallas negras, completándolo todo con sus plataformas. Eso sí, al sentarnos en aquel lugar, corrió a quitarse el abrigo, y se quedó solo con solo un suéter ajustado amarillo. Yo, como siempre, llevaba mi traje, aunque en aquella ocasión me coloqué una gabardina de pana verde que solo utilizaba cuando hacía mucho frío.

Ella se pidió un *affogato*: un café corto con helado de vainilla y *amaretto*.

—Descubrí este café gracias a unos amigos liberales de la península.

—¿A qué te refieres con liberales? —le pregunté mientras bebía mi café americano. Estaba demasiado cargado y amargo.

—A que cada uno puede hacer lo que quiera con quien quiera —dijo ella sonriendo y mezclando aún más el helado de vainilla con el café.

—¿Y eso funciona?

—Vaya si funciona. ¿Puedo contarte algo? Pero no tiene que salir de aquí, ¿vale? —se llevó la cuchara a la boca y la lamió con lentitud mirándome fijamente.

Asentí con la cabeza, pero ya me daba igual lo que tuviese que contarme. Mi mente aún estaba en la noche anterior y en lo que había oído en el dormitorio de Anabel. Y, para colmo, solo había podido dormir media hora. Pero como el corazón me iba a mil, era como si hubiese dormido diez horas del tirón.

—Miguel y yo lo somos.

—¿El qué? ¿Liberales?

—Sí, claro —dijo mirando al resto de mesas.

En aquel momento éramos de los pocos tomando un café en aquel local. Solo había un par de hombres trajeados sentados junto a la

barra con sus respectivos emparedados y cervezas de medio litro. Eso sí, el olor de aquel lugar, en vez de ser de café o comida, era de incienso, y la música que sonaba de fondo me pareció como si fuese de los años veinte del siglo pasado.

—Ahora que lo dices, me acabo de acordar de mi vecino Kevin. Creo que él también es liberal —le solté, como si considerase aquel tema de lo más normal.

—¿De verdad? —dijo ella mostrando un interés exagerado, inclinándose hacia mí.

—En su casa viven su esposa, otra mujer más y él. Al principio disimulaban un poco, pero un día pillé a su esposa dándole un beso a la otra y a él dándole un beso a ambas. Y en la boca.

—¿Ves como no es nada raro? Si hasta tus vecinos lo son. Por lo que me cuentas, son poliamorosos. Eso al principio está bien, pero tarde o temprano quieres más libertad, y lo mejor es evolucionar y convertirse en una pareja abierta.

Me quedé pensativo revolviendo mi café, aunque no le había echado azúcar.

—No te comas tanto la olla por lo que pasó la otra noche, ¿me oyes? —dijo avanzando una mano hacia la mía. Yo la aparté.

—Ahora mismo eso es lo que menos me importa —dije mirándola a los ojos, con expresión seria y concentrada—. Necesito que me seas sincera con algo, pero muy sincera.

—Claro, ¿qué te preocupa?

—Anoche…

Ella se tapó la boca y sonrió.

—¿Nos escuchaste? —preguntó soltando una risita.

—Sí, p-pero no es lo que tú te crees. Fui al baño un momento y oí a-algo de vuestra conversación.

Ella bebió de su *affogato* y lo saboreó como si fuese la primera vez que probaba aquella bebida.

—En parte lo sabía —me dijo.

—¿El qué sabías?

—Que nos habías escuchado. ¿Nos viste?

—¿Qué? —exclamé y a la vez me giré hacia el resto del local para comprobar que nadie se hubiese dado cuenta.

—Si nos viste haciéndolo —dijo sonriendo.

—N-no, no, bueno… Te vi a ti en esa posición…

—¿A cuatro patas?

—Sí, a cuatro.

—¿Y te gustó? —De nuevo avanzó la mano hacia la mía, pero no me dejé atrapar.

—En principio me picaba la curiosidad y quería verte desnuda, n-no lo voy a negar.

—¡Eso me gusta! ¡Sinceridad! —dijo levantando los brazos hacia el techo y con los puños apretados.

—Pero, al escuchar lo que estabais diciendo, se fue toda la magia del momento.

Ella frunció el ceño e intentó recordar lo que había hablado con Miguel. Entrecerró los ojos y me estudió detenidamente.

—¿Era algo sobre las pastillas que tomo y ponerse el condón?

—Eso lo escuché, pero me dio igual. Es algo de vuestra intimidad.

—¿Entonces?

—Oí cómo Miguel decía que se había acostado con Dafne.

Ella arqueó las cejas y abrió un poco la boca. Fue a decir algo, pero se contuvo. Esperó unos segundos, con prudencia, meditando bien qué contarme.

—No tendrías que haberte enterado de esa manera, pero lo hecho hecho está —dijo apretando los labios.

—¿Cómo te puede dar igual que Miguel se acueste con tu hermana? Es tu hermana, no me cabe en la cabeza.

—No lo hace conmigo delante, solo cuando tienen un momento o yo salgo a dar un paseo.

—Ah, genial. Entonces, ¿supuestamente ahora esos dos se están acostando? —exclamé poniéndome cada vez más nervioso.

—Baja la voz —dijo observando el resto del local—. No sé si se están liando o no. Tú y yo también estamos por nuestra cuenta, ¿no?

—Sí, tomando un café y hablando.

—*Cuñi*, si aceptaste traerme hasta el centro, no fue porque querías tomar solo un café.

—Ah, ¿no? ¿Qué pensabas que quería?

—Yo también dormí como el culo, y no fue porque Miguel me dejase insatisfecha. Fue porque tú y yo tenemos algo pendiente —en ese momento bajó la voz—. Mientras me daba, no dejaba de pensar en tu pollón.

Cuando soltó eso último, noté cómo su pie tocaba mi pierna. Eso provocó que diese un saltito y mirase hacia nuestra mesa y su ojo con la lágrima grabados. Me sentía observado y a la vez juzgado.

—Apuesto lo que sea que estás empalmado—dijo ella llevándose un dedo a la boca.

—Da igual si lo estoy. Estábamos hablando de mi relación con Dafne, de mi futuro. Los tres habéis estado engañándome, tomándome por tonto con vuestros jueguecitos liberales. Y, si te he traído hasta aquí, es para hablar contigo y decidir qué hacer.

—Bien, yo te doy una solución fácil: ir a un hotel y follar —musitó.

—¿Qué? —exclamé.

—Necesito follar contigo al menos una vez. Después te dejaré en paz y respetaré tu decisión, sea la que sea.

—¿Solo puedes pensar en eso? ¿No te das cuenta de lo que significa para mí que Dafne me haya engañado durante…?

Ella asintió con la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva…? —le pregunté sin poder acabar la frase. Tenía un nudo en la garganta.

—Un par de años o algo más.

—No me lo puedo creer… —dije mirando hacia el techo. Aunque deseaba enfadarme, no podía. Quizá Dafne estaba en lo cierto cuando decía que no tenía sangre en las venas en según qué situaciones.

—En eso te reconozco que lo hemos hecho mal. Más de una vez le comenté a Miguel que teníamos que dejar el temita o contártelo, pero me dijo que tú no eras como nosotros y no lo entenderías. Dicho y hecho, *cuñi*.

—Aunque fuese liberal, no me gustaría que se estuviesen acostando a mis espaldas mientras yo lo ignoro todo. Supuestamente los liberales saben en todo momento dónde está la otra persona y qué está haciendo.

—A veces sí, a veces no. A Miguel casi nunca le pregunto qué hace o a dónde va. Tiene libertad total para hacer lo que le dé la gana. Y yo también.

—Pues para mí una relación no es eso.

—¿Ah?, ¿no? Te recuerdo que me metiste los deditos… —dijo riendo y volviendo a tocarme la pierna con el pie.

—Lo hice mal y por eso me negué a seguir.

—El cuerpo te pide otra cosa, y lo sabes.

Esa vez no le aparté el pie y dejé que lo introdujese en mi entrepierna. Con suavidad y mucha técnica, me palpó los testículos, y después subió y subió notando mi fuerte erección.

—La mente es traicionera —siguió ella—, en estos casos no debes hacerle caso, *cuñi*. Tienes que dejarte llevar…

Cerré los ojos y me recliné, notando el acolchado sofá de diseño retro. Le cogí el pie y lo aparté unos centímetros. Con delicadeza, le quité el calcetín y volví a abrir los ojos para contemplar sus deditos y aquella piel tan suave. Me dieron ganas de acariciarle la planta, las uñas, introducir el índice entre aquellos dedos, uno a uno, pero…

—¿Tanto te gustan mis pies? —preguntó.

—De ti… Creo que me gusta casi todo —confesé contemplando el ojo de la mesa. De nuevo me sentí observado.

—¿También mi forma de ser?

La miré de nuevo, intentando adivinar qué había querido decir con eso.

—Mi hermana y yo somos muy distintas, muchísimo. Ella es responsable, trabajadora, educada, y yo… Pues, todo lo contrario. Pero, oye, a estas alturas no voy a cambiar, ¿sabes?

Arqueé las cejas y no supe bien qué decir.

—¿No dicen que los polos opuestos se atraen? —dijo alejando el pie de mí. Pero yo aún tenía su calcetín en la mano. Lo dejé a mi lado y me acabé el café de un sorbo—. Bien, señor sin trabajo, ¿le apetece que continuemos sin prisa en algún lugar más privado?

Inspiré y expiré varias veces y pensé que, si me ponía de pie enseguida, se me notaría demasiado la erección. Tenía que esperar un poco a que las aguas se calmasen. Y para ello debía cambiar de tema. Antes de que pudiese decirle algo, vi que ella cogía su teléfono y leía un mensaje.

—Dafne me ha escrito —me informó.

—¿Sí? ¿Qué dice?

—Pregunta a ver dónde estoy —dijo mientras se colocaba su chaqueta.

—Pensaba que de camino le habías enviado un mensaje o algo diciéndoselo.

—A ella no. A Miguel le comenté que me iba contigo a comprar unos regalos, poco más. Sabía que, con lo cansado que estaba, ni se movería. Supongo que, si han hablado, se lo habrá contado.

—¿Crees que han hecho algo más que hablar? —le dije, estudiándole de nuevo el rostro para ver si me mentía.

—No tengo ni idea, *cuñi*, pero creo que deberíamos pasar un rato de ellos y cumplir lo que tenemos pendiente.

—¿No te lo acabas? —dije señalando su *affogato*.

—Ya no me apetece —dijo mordiéndose el labio inferior—. Sé que Dafne no toma la píldora.

—¿Te refieres a la anticonceptiva?

—Sí —musitó arqueando las cejas repetidamente y sonriendo de forma pícara—. Pero yo sí, ¿sabes qué significa eso, *cuñi*? ¿Me dirás que te vas a perder algo así? Tú, yo, un hotel, piénsalo.

Miré en derredor para no dejarme llevar por aquellos ojos, aquella boca, aquella persona que me estaba devorando el alma poco a poco. Tragué saliva y solo se me ocurrió asentir.

Le entregué su calcetín, ella se lo colocó en un santiamén y se puso de pie.

—Invito yo —dijo adelantándose a paso rápido y dirigiéndose hacia la barra.

Habló un momento con la camarera y esta le cobró. No quise insistir demasiado, porque Anabel era terca y sabía que, si decía pagar ella, lo haría dijese lo que dijese.

Al salir a la calle, notamos el intenso frío en nuestros cuerpos, pero yo temblaba por los nervios y porque sabía qué iba a pasar a partir de aquel momento. Porque si había algo que podía convencerme, era que me lo pusiesen fácil en cuanto al sexo. Y con Anabel todo fluía

demasiado bien.

Fluir, fluidos. No podía dejar de pensar en otra cosa, me sentía como cuando quedaba por primera vez con una chica, pero a Anabel la conocía de sobra, aunque no tanto como deseaba… Tenía que acabar lo que habíamos comenzado o me volvería loco, y Dafne, al fin y al cabo, se lo merecía por haberme puesto los cuernos, y de aquella manera tan rastrera.

Dafne (5)

Miguel se tomó cinco chupitos uno tras otro, y de fondo, en la televisión, tenía puesto en bucle el tema de Los Rodríguez, el mismo que decía aquello de: *o sea que eres un borracho, pero ¡qué dices, si yo sé beber! Total, que no eres un buen muchacho, ¡tonterías! ¡Nunca me verás caer!*

Nos quedamos en casa, meditando bien qué hacer y con el aire acondicionado a tope, que aquel invierno fue matador del frío que hacía en la calle. Mis padres me enviaron varios mensajes, preguntándome que qué íbamos a hacer en Nochevieja, pero mi mente no estaba para eso, ya no. Les dije que se lo confirmaría a lo largo del día. Porque era la verdad, en ese veintidós de diciembre iba a haber cambios y decisiones que a unos les gustaría y a otros no tanto.

—Me acaba de contestar —le informé a Miguel.

Él se apresuró a sacar el teléfono del bolsillo de sus vaqueros rotos y, antes de escribirle nada a Anabel, se sirvió otro chupito de Jägermeister y se lo tomó sin inmutarse. No entendía cómo podía beber así y no colocarse lo más mínimo.

Nena, ¿por dónde andas?

Anabel tardó unos minutos en contestarle.

Ya te lo dije esta mañana, de compras. ¿Tú todo bien?

Él volvió a tomarse otro chupito y yo pensé que a ese paso tendría que ir a comprar otra botella. Bajé el volumen de la televisión y lo miré con cara de desaprobación.

Escucha, tenemos que hablar. Si quieres, quedamos por donde estás, nos tomamos unas birras y te lo cuento todo.

De nuevo, Anabel tardó en contestar y él se puso de pie. Estaba nervioso, lo sabía, pero no me atrevía a ponerme a su lado para consolarle. Me quedé mirando la pantalla y después quité la música, zapeé y me dejé un canal donde emitían en directo el sorteo de la lotería de Navidad. Una niña levantaba una bola con el número seis. Miguel leyó el mensaje y se mordió el labio inferior con fuerza, haciendo una mueca.

¿Hablar de qué? ¿Pasa algo de lo que no me haya enterado?

—¿Le adelanto algo de lo que tenemos hablar o qué? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Lo que tú veas. Yo ni sé cómo se lo voy a plantear a Lucas. Nosotros al menos sabemos lo que ha ocurrido entre los tres. Es algo que podía pasar. En cambio, él no tiene ni idea de nada. Tendré que armarme de paciencia.

—Igual es una putada, pero tienes razón, es algo que podía pasar. ¿Estás segura de lo que sientes, *baby*?

Me puse de pie, me acerqué a él y lo rodeé con los brazos. Le contesté con un beso en los labios. Me encantaba haber podido desbloquear el poder de besarle, era lo que me hacía falta para completar el círculo.

—No sé si estaremos mucho o poco tiempo, pero lo quiero intentar —le dije a tres centímetros de su rostro—. Al menos, quiero liberarme de lo que me aburre de mi vida y que, por comodidad, no he sabido dejar a tiempo.

—¿No te importa una mierda tu familia?

—Me da igual lo que digan. Total, nos vemos muy poco, y ellos no son un ejemplo a seguir en cuanto a relaciones se refiere. Todos hubiesen dejado de buena gana a sus parejas hace años, pero siempre tienen en la cabeza la mentalidad caduca de que hay que estar con tu pareja para toda la vida, aunque ya no haya amor y no se quieran en absoluto. Aguantan más por los de su alrededor que por ellos mismos, y eso se nota. ¿Sabías que solo en España un cuarenta por ciento de hombres frente a un treinta por ciento de mujeres han sido infieles alguna vez en su vida?

—¡Joder!, ¡qué lista eres, muñeca!

—¿Qué te piensas? Una no tiene estudios solo para lucirlos en un marco —dije sonriendo y dándole otro beso en los labios.

—Si quieres, puedes escribirle tú, que a mí, con el pedo que llevo, se me da mal eso de explicar mis sentimientos —me confesó con la mano temblorosa—. Y encima casi ni veo la pantalla.

—Ya, pero tenemos un problema: tú no hablas como lo hago yo.

—Siempre puedes actuar un poco y soltar algunos «coños» y «hostias», ¿no? —dijo riendo mientras me entregaba su móvil.

Lo cogí porque no me parecía una mala idea. Y porque creía que lo mejor era adelantarle un poco el disgusto a Anabel, por más que le doliese. Era mi hermana, la quería, pero más me quería a mí misma.

Lo siento, sé que no es el momento, pero creo que no siento lo mismo que todos estos años. Estoy hecho un lío.

Eso escribí. No supe hacerlo mejor ni tampoco supe meter algún «hostia» o «joder»; además, me faltó un «nena» o «muñeca».

Tal y como me temía, Anabel llamó. Miré a Miguel y él sacudió la cabeza. Esperé sosteniendo el teléfono con la mano temblorosa hasta que dejó de sonar. Pero volvió a intentarlo.

—¿Quieres que lo coja yo? —le pregunté.

—No, no, ahora no —dijo dándose la vuelta y cogiendo la botella de Jäger. La empinó y, a morro, le dio un buen trago.

El teléfono dejó de sonar al fin, y Anabel volvió a escribir.

¿Se puede saber qué mierdas te pasa? ¿Por qué no me coges el teléfono? ¿Estás follando con Dafne? ¿Es eso?

La determinación con la que el niño cantaba la bola con el número cuatro en la televisión me hizo pensar en llamarla y decirle toda la verdad, así, sin anestesia. Pero me contuve y también pensé en Miguel. El pobre lo estaba pasando realmente mal y temía que se echase para atrás.

Me acerqué a él y le acaricié la bragueta.

—No, *baby*, ahora no. Tenemos que solucionar esta movida cuanto antes. Y debes hacerlo tú y por mensaje. Venga, escríbele —me ordenó con la botella en la mano. Volvió a darle otro trago y derramó un poco sobre su camiseta.

No es eso, mira, creo que estoy cansado de este jueguito nuestro. Me parece que siento algo por tu hermana, nena.

Lo escribí sin pestañear, y ella contestó enseguida.

No me lo puedo creer. Mira que sospechaba algo cuando te presentaste así por sorpresa, pero pensaba que era por mí. He sido una puta imbécil.

De nuevo llamó y yo dejé el teléfono sobre la mesita mientras observaba a Miguel y sus nervios a flor de piel. El alcohol no le estaba calmando nada y tenía los ojos enrojecidos. No sabía si era porque quería llorar o por la furia e impotencia que sentía.

—¿Quieres leer lo que le he puesto? —le pregunté, acercándome a él.

—No, me la suda lo que le escribas. Acaba cuanto antes y trata de quedar en algún sitio con ella para que hablemos —dijo con la típica voz de borrachín.

—¿Y si no quiere?

—Pues que le den. Si no es capaz de quedar conmigo, me piraré a Asturias en el siguiente vuelo.

—¿Y yo qué?

—Tú aún tienes que solucionar tus movidas con Lucas. Cuando estés lista, te estaré esperando, nenita.

Me pegué a su cuerpo, lo abracé con el móvil de él sonando y lo besé. En vez de rechazarme, me cogió del culo, lo apretó con fuerza y me levantó del suelo. Y eso solo lo hizo con una mano, ya que con la otra seguía sosteniendo la botella. Me ponía tan loca aquella fuerza que tenía.

—Tengo que escribirle… —le avisé, separando mis labios de los suyos.

Me volvió a dejar en el suelo y seguí escribiéndole a Anabel.

Es complicado hablarlo por los putos mensajes, por eso quiero quedar contigo y que nos miremos a los ojos. Si quieres insultarme, puedes hacerlo. Pero, si me quieres, aunque sea solo un poco, entenderás mis sentimientos. ¿Prefieres que te engañe? ¿Eso quieres?

Me quedé tan satisfecha con mi mensaje, que sonreí y miré a Miguel. Ella me envió un emoticono de carcajada y me contestó.

No pareces tú hablando de esa forma. Qué bien que se te haya pegado un poco de la inteligencia de mi hermana. Estáis hechos el uno para el otro.

De nuevo tuve unas ganas enormes de decirle que era yo la que le hablaba, pero no, no podía hacerle más daño. Finalmente, le escribí para finiquitar la conversación.

No quiero seguir hablando por aquí. Dime un lugar y nos vemos en una hora.

Y esperé, pero Anabel no dijo nada más. Miguel se acabó la botella de un gran trago, me cogió de la cintura y me tiró en el sofá. Estuve a punto de soltar el teléfono, pero no lo hice porque esperaba que ella me dijese algo antes de entregarme a aquel hombre. Pero no me dio tiempo: se puso de rodillas y corrió a desabrocharme el pantalón y me lo bajó, dejando al descubierto las piernas. Me agarró de los muslos, me abrió y apartó mis braguitas con una mano, como si me las fuese a romper, pero lo único que hizo fue avanzar la cabeza hacia mi coño

aún dolorido y se lo metió entero en la boca. Grité, pero conteniéndome, como si temiese que alguien nos pudiese escuchar. Y el móvil seguía sin sonar, ni una llamada ni un mensaje.

—Te quiero, nena —me dijo él al separarse un poco de mí.

—Y yo a ti, muchísimo. ¿Seguro que estás seguro de todo esto?

—Aún no —dijo poniéndose de pie y desabrochándose el cinturón. Se bajó los vaqueros y dejó al descubierto su polla durísima bajo los calzoncillos—. Necesito follarme a mi nueva novia por primera vez —esto lo dijo a trompicones, casi ni se le entendía cuando hablaba, pero a mí me bastaba.

Sonreí. Lo hice con sinceridad, felicidad y amor. Aunque en apariencia no lo parecía, había sabido soltar algo que me había llevado a su terreno y me había convencido al cien por cien. ¿Cómo iba a negarme a que me hiciese el amor mi futuro o nuevo novio?

«Novio», qué bien sonaba eso. Lucas tan solo era un recuerdo pasado, algo que se esfumaba a medida que Miguel se quitaba la camiseta y dejaba al descubierto su torso fuerte, pero poco definido.

Era increíble pensar que dentro de unos segundos estaría haciéndomelo en el sofá en el que había pasado tantas tardes y noches junto a Lucas. La mayoría de las veces aburrida o cansada, quedándome dormida a los diez minutos de película.

Miguel se bajó los calzoncillos, dejando al descubierto su descomunal erección. Me dieron ganas de comérmelo enterito, pero quería sentirlo dentro, por eso dejé el teléfono a un lado y me cogí las piernas, elevándolas, para quedarme muy abierta frente a él. Quería que me la clavase entera, que llegase a mi corazón y me lo rompiese de una puta vez.

Y cuando Miguel estaba a punto, cuando ya era inminente la embestida, su teléfono sonó. Era un mensaje, y los dos supimos claramente que era de Anabel.

Voy a follarme a Lucas. Luego hablamos.

Ese fue su mensaje, no pude sonreír o disimular ante Miguel. Y él se percató de mi expresión sorprendida.

—¿Qué ha dicho? —preguntó con el cuerpo paralizado.

Abrí la boca para contestarle, pero no me salían las palabras. Porque yo también estaba sorprendida de aquella respuesta y de que Anabel estuviese con Lucas en cualquier parte, a solas, disfrutando incluso más que nosotros. ¿Cómo había sido tan tonta de no darme cuenta de que a Anabel le ponía Lucas? ¿Y él? ¿Cómo podía gustarle alguien como ella?

Lucas (6)

Estábamos tumbados en la cama de un hotel céntrico de Palma y, mientras nos besábamos, ella lloraba porque sabía que lo suyo con Miguel se iba a acabar tarde o temprano. Me dijo que no ocurría nada, que siguiese, que ya se le pasaría, pero me sentía extraño al notar el sabor de sus labios mezclado con el de sus lágrimas. No podía hacer otra cosa que abrazarla fuertemente, frotando nuestros cuerpos desnudos y sintiéndola tan cercana… Es increíble lo que te cambia la percepción de alguien cuando juntas los labios con los de esa persona. Es como si te diese permiso para entrar en su interior. Va más allá del sexo y de cualquier felación o tocamiento. En ese momento, crees que has llegado a la verdadera meta.

Cuando dejó de lagrimear, comenzó a mover la lengua, introduciéndola en mi boca y tocando casi toda su cavidad. Yo intentaba no pensar en su sabor y me deleitaba tocando aquellas preciadas nalgas desnudas. Después bajé hacia aquellos muslos que tan loco me volvían, desquitándome de todos aquellos años observándola de reojo, fotografiándola a escondidas, deseándola en silencio e, incluso, masturbándome mientras contemplaba las fotos de mi teléfono. Tuve el pensamiento fugaz de sacarle una instantánea en algún momento que estuviese distraída, pero deseché la idea porque no sentía la necesidad de otras veces. Al fin la tenía toda para mí y en persona, ¿qué podía haber más maravilloso que eso?

Le apreté las piernas, se las sobé y maldije no poder hacer lo mismo con aquellos pies tan preciosos, ya que no quería separarme de su boca.

En un momento dado, me agarró el miembro y lo apretó con fuerza. Después se acercó al oído y me susurró:

—Quiero que me la claves, por favor. La quiero ahora, no me lo niegues.

—Anabel, estoy muy excitado… Yo…

—Por eso, te mueres de ganas por metérmela y yo por que lo hagas —dijo apartándose de mí para ponerse a cuatro patas—. Dámela toda, *cuñi*, demuéstrame lo mucho que te pongo, venga.

La contemplé como si fuese una obra de arte, como si aún no estuviese a mi alcance o fuese una persona que acababa de conocer. Y en vez de hacerle caso, le acaricié de arriba a abajo aquellos muslos tan apetitosos, para finalizar en sus delicados pies. Al fin, se los toqué y recorrí cada dedo con sumo cuidado para evitar un ataque de cosquillas.

Anabel cerró los ojos, dejándose hacer, pero sabía que necesitaba

que le diese algo mucho más fuerte. Por ello, me coloqué detrás de ella, de rodillas, escuchando sus jadeos. Con las dos manos, le cogí las nalgas y las abrí, desvelando la majestuosidad y el secreto de su ano y su sexo hinchado y húmedo. Me incliné ante aquel espectáculo y no pude hacer otra cosa que devorarlo con avidez. Me supo delicioso, aunque de pasada recordé que la noche anterior lo había estado haciendo con Miguel. Aun así, era un consuelo poder introducir la cabeza en aquel lugar tan anhelado, saboreándolo y notando que, de un momento a otro, iba a estallar. Me gustaba cómo olía su perfume en la parte baja y cómo se mezclaba con el fuerte aroma y sabor de todo su sexo.

Al fin pude ver de cerca aquel tatuaje que divisé la noche anterior y que tenía justo en el interior del muslo: se trataba de un triángulo invertido con varias serpientes enroscadas en él. Era pequeño, de línea fina, y me recordó a algo que había visto antes, en otra ocasión.

Ella no paraba de pellizcar la funda del colchón, parecía que de un momento a otro la iba a desgarrar, y bien sabía que estaba impaciente por que se lo hiciese. Me separé de ella sin muchas ganas y volví a acariciarle las piernas, esa vez colocado justo detrás de ella y con mi miembro muy cerca de su piel. Se movió hacia atrás para tocármelo y solo consiguió que el glande se colocase entre aquellas dos nalgas tan firmes y suaves. Fue entonces cuando gimió y giró la cabeza para mirarme fijamente.

—Fóllame ya, por favor. Hazlo de una vez —me pidió.

Asentí con la cabeza, le volví a coger las dos nalgas, las apreté, cogí aire y me mentalicé para lo que estaba a punto de venir.

—Soy toda tuya, *cuñi*, clávala sin miedo, dame fuerte.

Sabía que en el momento en el que entrase en ella, no habría vuelta atrás. O quizá ya no había habido vuelta atrás desde el momento en el que hice la primera foto de sus piernas, porque en el fondo quería que todo acabase de esa manera. Había deseado durante meses e incluso años que todos los caminos confluyesen en aquel momento. La vida a veces puede resultar cruel e injusta, pero cuando menos te lo esperas, sobre todo si estás desesperado, en algún aspecto te hace un favor. Y aquel era un regalo inmenso, al menos para mí, que ansiaba tanto que me deseasen y quisiesen tener sexo conmigo sin esperar a que acabase el día y que los dos estuviésemos muertos de cansancio.

—Piensa en cómo me llenarás con tu leche, *cuñi*, solo piensa en eso y métemela —dijo cogiéndose las nalgas y abriéndolas todo lo que pudo.

Eso fue lo que hizo, adelantarme y meterme en aquel cuerpo joven, tierno, suave y tan deseado. Sentí su calor, su interior empapado y escuché su grito. La saqué de inmediato, inspiré y expiré profundamente y volví a clavársela, tal y como quería, hasta el fondo,

mientras gritaba como si estuviésemos en medio del campo, sin nadie ni nada que nos pudiese escuchar.

Ella no dejaba de apretarse las nalgas e intentar abrírselas más y más, y yo, al cogerle de las manos, separarlas de su cuerpo y entrelazar los dedos con los suyos, noté que me venía una increíble e inesperada eyaculación. Porque en ese momento, además de deseo, sentí algo inexplicable por ella. ¿Acaso podía sentir amor por Anabel?

Al pensar eso, me corrí sin querer en su interior, al fin pude liberarme dentro de alguien que deseaba tanto y no hacerlo dentro de un condón, como siempre lo había hecho con Dafne. Fue una sensación indescriptible, pero extraña a la vez. Lástima que saliese de inmediato, como en un acto reflejo, y miré hacia su trasero y su sexo empapado, desde donde surgía lentamente mi esperma, cayendo, rápido, por la cara interior de su muslo y de ahí a las sábanas.

—¡Vamos, dame más! —gritó con impaciencia.

—Anabel, yo…

Giró la cabeza hacia mí, enfadada, y se quedó con la boca abierta.

—¿No puedes seguir después de correrte? ¡Si no has estado nada!

—Necesito un momento, solo eso, ahora no puedo. Sentirte así, sin condón, ha sido demasiado para mí…

—¡Claro que puedes, tienes que poder! ¡Inténtalo por lo que más quieras! ¡No puedes dejarme así! —gritó con furia.

Asentí con la cabeza y, antes de volver a introducirme en ella, pensé en limpiar el esperma que resbalaba por su pierna, pero, para no quedar mal, decidí hacerlo directamente, pegando mi piel contra la suya y ensuciándome con mis fluidos. Aunque no tuviese ganas y toda la excitación se hubiese esfumado en un abrir y cerrar de ojos.

A medida que volvía a la carga, notaba cómo la erección se iba desvaneciendo, como mis ganas de volver a ver a Dafne. Si alguna vez dudé de mi relación, lo resolví al cien por cien al hacerle el amor por segunda vez a Anabel con parte de mis fluidos aún en su interior. Aquello era demasiado para mí. Demasiado.

Mi cabeza estaba en otra parte, mientras que Anabel gritaba y gemía con la cabeza agachada y el pelo suelto le tapaba todo el rostro. Mientras tanto, le acariciaba la espalda, la cintura y después las nalgas y las piernas. Fue eso lo que me volvió a dar las energías suficientes y las ganas para continuar y no desfallecer. Por primera vez en mi vida, aprendí que después del primer orgasmo podía haber todo un mundo a mi alcance. Solo hacía falta estar con la persona adecuada que supiese despertar la bestia que había en mí. Y esa persona era Anabel.

Decidido y excitado como no lo había estado nunca, le agarré de nuevo de las nalgas, se las abrí y me metí de lleno en ella, paladeando cada rincón de su interior caliente, apretado y mojado. Y cuando le cogí del pelo y le eché la cabeza para atrás, ella gritó y noté cómo se

estremecía, temblaba de placer y tenía, al fin, un tremendo orgasmo. Y lo mejor fue que yo no tuve otro, pero disfruté como nunca lo había hecho, porque al fin pude sentirme liberado de las fotos, de las fantasías y de los quizá. Anabel era al fin real y solo para mí. Solo para mí, solo para mí o… No, también estaba Miguel, ¿acaso ella no sentía lo mismo que yo?

Dafne (6)

—¡Feliz año! —gritamos todos al unísono, levantando nuestras copas de cava. De fondo se oían las voces de los presentadores de la televisión deseándonos a todos un feliz Año Nuevo.

Estábamos en casa de mis padres, pero también habían venido los de Lucas. Me hallaba sentada junto a él y justo delante se encontraban Miguel y Anabel. Mi hermana iba espectacular, con un vestido rojo ajustado, luciendo escotazo. A mí, sinceramente, no me había apetecido ponerme nada atractivo, y me había limitado a colocarme un suéter negro de cuello alto, aunque lo arreglaba todo con una falda ajustada por encima de las rodillas.

—Presiento que el año que viene va a ser realmente mágico —dijo la madre de Lucas dándole un sorbo a su copa.

—Sí, sobre todo si estos señoritos de aquí nos hacen abuelos —agregó mi padre.

Anabel me sonrió e inclinó la cabeza hacia donde estaba el baño. En un primer momento me iba a hacer la loca, pero asentí con la cabeza y ambas, casi a la vez, depositamos nuestras copas sobre la mesa.

—Ahora venimos —les dijo Anabel.

Yo sonreí, le di un fugaz beso en la mejilla a Lucas y la seguí. Al entrar en el baño me miré un momento en el espejo y Anabel cerró la puerta para que nadie pudiese escucharnos.

—Entonces, ¿todo aclarado? —me preguntó colocando la mano sobre mi hombro.

—Sí. He pedido vacaciones hasta el día que volvéis.

—Bien —dijo poniéndose a mi lado para mirarse también en el espejo. Odiaba lo bien que le quedaba el pintalabios y, para qué negarlo, también odiaba la figura que tenía cuando se ponía aquellos taconazos de aguja. Yo, por el contrario, prefería la comodidad a la sensualidad.

—¿Qué vais a hacer vosotros?

—Nos iremos a un hotel, pero sin pagar nada —dijo sonriendo.

—¿Y eso?

—Le comenté a mi amiga Eli mi situación y me dijo que podíamos quedarnos en su hotel de Asturias con todo incluido durante una semana.

—¿Eli es la ricachona esa que siempre organiza las fiestas y bacanales a las cuales soléis ir a veces tú y Miguel?

—La misma. Te recuerdo que conocí a Miguel en una de esas orgías…

—¡Qué romántico todo! —reí.

—Calla, calla, osa amorosa. Y mira, gracias a ella Lucas, volverá a tener curro —dijo levantando las cejas varias veces.

—¡Qué me dices! ¿De qué va a trabajar?

—En el Departamento de Comunicación de Eli. Les vendí la moto de que Lucas estuvo trabajando en la televisión y aceptaron, pero de momento estará de prueba.

—Pero ¿le has contado de qué es la empresa de Eli?

—No hace falta, mira… Este es el mejor momento para llevarlo a mi terreno: le pongo muchísimo y creo que hará lo que sea por estar conmigo —dijo señalándome con el dedo—. Y que sepas que cuando me enteré de lo tuyo con Miguel me partisteis el corazón, pero las enseñanzas de Eli me vinieron bien para seguir adelante.

—Ya te dije que lo sentía mucho. ¿Quieres que me arrodille y te lo repita?

—Pues, oye, no estaría mal —dijo riendo.

—Si tengo que hacerlo, lo haré.

—¿Ves? Lucas también hará lo que sea por hacerme feliz.

Al final me arrodillé, inspiré y levanté la cabeza hacia ella.

—Lo siento, hermanita, ¿me perdonas? —le dije con voz burlona.

Ella alzó la mano, la posó sobre mi cabeza y me cogió del pelo, haciéndome algo de daño.

—¡Ay! —grité.

—Te perdono. Pero no vuelvas a romperme el corazón, ¿entendido?

—Te lo prometo —dije cogiéndole la mano para que me soltase.

Ella me liberó y me puse de pie, volviendo a ser más alta que ella.

—Creo que necesitamos un tiempo para aclarar bien lo que queremos hacer a partir de ahora —me dijo mientras yo me acomodaba el pelo—. Y tú y yo somos hermanas por encima de todo, no podemos dejar que personas que no son de nuestra sangre nos separen.

—En eso te doy la razón. Por mucho que quiera a Miguel, primero estás tú.

—Lucas es un amor, pero no sé si podría estar con él toda la vida. Noto demasiada bondad en él, aunque quisiese ponerte los cuernos.

—La verdad es que no lo veo aceptando según qué…

—Aun así, folla muy bien, y eso le da bastantes puntos —dijo pegándome un golpe amistoso en el brazo.

—¿En serio? Eso sí que es una novedad. Conmigo, con suerte, duraba un minuto o dos como mucho.

—Porque no has sabido domarlo bien. No te imaginas lo fiera que es en la cama. Eso sí, lo bueno llega después del primer asalto —dijo riéndose y tapándose la boca—. Pobrecillo, se moría por poder correrse dentro sin condón.

—¿En serio?

La miré con los ojos muy abiertos, sorprendida por aquella revelación. ¿Lucas, el Lucas que yo conocía, podía ir más allá del primer orgasmo? ¿Perdona? Y encima disfrutando de acabar sin preservativo y dentro, a mí nunca me había confesado que lo necesitase tanto. De verdad, qué poco lo conocía en todo el tiempo que habíamos estado juntos.

Anabel se subió el vestido y se sentó en el retrete. De verdad que tenía una figura envidiable. Normal que Lucas se hubiese quedado prendado de ella.

—¿Y si lo vuestro sale mal? —pregunté—. ¿Aceptarías que me quedase con Miguel?

—¿Y tú? ¿Aceptarías que Lucas fuese mi novio?

—Sería raro, pero con el tiempo me acostumbraría. Creo que todo esto me ha servido para darme cuenta de que lo nuestro ya se había acabado hace bastante.

—Pues, chica, lo mío no se había acabado, pero a veces hay que aceptar las decisiones de tu pareja, por mucho que te duelan. Y en este caso no me quedo sola, tengo a tu Lucas para consolarme y darme lo que me merezco.

—Nunca imaginé que te pudiese gustar tanto —dije con la mirada perdida. No sé por qué, pero me fastidiaba que se lo hubiese tomado todo tan bien.

Ella acabó de orinar y presionó el botón de la cisterna. De espaldas, se colocó el vestido y pude verle todo el culo. Sin duda, el condenado de Lucas no tenía mal gusto.

—¿Lucas tiene un fetiche con las piernas y los pies o son paranoias mías? —dijo mirándose en el espejo mientras se acomodaba el vestido rojo.

—¿Ah?, ¿sí? A mí siempre me ha tocado por todo el cuerpo en general, quizá es solo contigo.

—¿De verdad? Eso sí que me halaga —dijo sonriendo ampliamente.

Yo también me miré en el espejo, y me palpé el pecho con ambas manos.

—¿Aún piensas en operártelas? —me preguntó.

—¿El pecho? No, creo que esperaré un poco. Total, Miguel está contento con cómo soy.

—¿Lo ibas a hacer por Lucas?

—¿Qué? ¡No! Para nada, él nunca me dijo que le gustaban grandes. Era por mí, por verme más guapa, *sexy*, yo qué sé…

—Si lo haces por ti, bien, pero que no sea porque dicen por ahí que estarás más buenorra si te operas o porque las mujeres tenemos que ser así o asá. Que se operen ellos la pilila si quieren demostrar que son tan machos —agregó riendo y palpándose el pecho—. No es todo tan bonito como parece. El año que viene tendrán que hacerme una

revisión, porque se me descolocan mucho y siento molestias cada cierto tiempo.

—¿Ah?, ¿sí?

Anabel se rio y me cogió de las manos.

—Eres mi hermana y te quiero así como eres, ¿lo sabías?

—Yo también, tontita, ven aquí.

Nos abrazamos y sentí su cuerpo caliente contra el mío. Era la verdad, la quería y me sentía muy afortunada de tenerla como hermana. Seguramente la mayoría de los hermanos y hermanas del mundo se hubiesen dejado de hablar con todo lo que había pasado con nuestros novios. Pero nosotras no, nosotras no éramos como el resto porque siempre habíamos sido sinceras la una con la otra.

Lucas (tres meses después)

Estaba sujeto fuertemente del asidero metálico, grasiento y frío del metro de Madrid porque el cansancio me podía y no quería quedarme dormido. Me fastidiaba haberme olvidado el móvil en casa, más que nada porque no podía comunicarme con Anabel ni tampoco escuchar música de camino. Para consolarme, me imaginé una y otra vez lo que me esperaría en casa: Anabel dispuesta a acostarse conmigo antes de preparar juntos la cena. Y, por cierto, conseguí que dejase de llamarme *cuñi*. Educadamente le expliqué que no era algo que me pusiese, y lo entendió a la primera. De hecho, ella y yo ya no éramos cuñados, así que mejor que mejor, aunque le gustase recordar que un día lo fuimos.

Aquellas últimas semanas, sin contar la primera, cuando estuvimos en aquel hotel de lujo, fueron demasiado para mí, acostumbrado a un ritmo más tranquilo en la televisión. A la famosa Eli aún no la había visto en persona, pero sí a las supervisoras y jefas, porque todas eran mujeres en aquella empresa, o eso parecía.

Mi trabajo, al menos en aquellos momentos, consistía en enviar correos electrónicos a los mejores clientes de Eli, responder a todas sus dudas y también organizar las siguientes fiestas que, según me explicaron, eran orgías con distintas temáticas y en diferentes lugares de España, pero también de Europa. No sé por qué relacionaron mi trabajo como periodista en la televisión con relaciones públicas, pero algo es algo, y solo esperaba que me hiciesen fijo para no tener que preocuparme por el dinero.

Salí del metro a paso rápido al llegar a mi parada en Sainz de Baranda y subí las escaleras cruzándome con más y más gente que iba en distintas direcciones. Siempre que salía a la calle, me invadía una sensación de agobio y desazón por sentirme atrapado en medio de tantos edificios de cristal y hormigón. Y es que en el fondo era normal, por venir de Mallorca y encima de la zona donde yo vivía, tan cerca del mar y repleta de chalés y edificios bajos. En fin, la vida da muchas vueltas, y no puedes tenerlo todo a la vez.

Pensando en lo anterior, llegué a mi edificio de fachada de ladrillos que estaba a solo cien metros de la estación del metro. Pensé en tocar el portero para sorprender a Anabel, pero justamente salió un hombre joven del edificio que me recordó a Miguel por sus pintas, aunque bastante más ancho de espaldas, y me dejó la puerta de barrotes metálicos abierta.

—Hola —dijo el joven de pasada.

Apreté los labios, levanté el mentón en señal de saludo y entré en

aquel vestíbulo que olía a rancio y humedad. Subí por las escaleras, ya que vivíamos en el primer piso, y abrí poco a poco la puerta.

—¡Ya estoy en casa! —exclamé con voz animada.

Lo único que escuché fue la voz de Anabel muy baja al fondo de la casa. Supuse que estaba hablando por teléfono con alguien. Crucé el pasillo y el salón, y me dirigí hacia nuestro dormitorio. Qué horrible me parecía la decoración de aquella casa, sobre todo porque los propietarios no nos habían dejado tocar nada, todos los muebles e incluso los cuadros eran de ellos, y para nada eran modernos. Pero bueno, tenía que agradecer que tuviésemos un lugar donde vivir. De nuevo Eli y sus contactos dando la cara por nosotros para que nos diesen el piso.

Al cruzar el marco de la puerta, me encontré a Anabel en la cama, tapada hasta la cintura, con aquellos grandes pechos al descubierto. Estaba bastante despeinada y el rostro lo tenía ruborizado. Tal y como me imaginé, hablaba por teléfono.

—Acaba de llegar Lucas, sí, después te llamo, un besito —le dijo a su interlocutor. Estiró la mano hacia mí y me sonrió.

—Ven, Luquitas, tengo que contarte algo…

—¿Ah?, ¿sí? ¿El qué? —dije acercándome a ella para darle un beso, pero enseguida me ofreció su pecho derecho y le di un besito en el pezón. Poco a poco me estaba acostumbrando a aquella delantera tan dura.

—Hablaba con Eli, ¿y sabes una cosa?

—No, a ver —dije con el corazón a mil.

—¡Te han contratado! —exclamó estirando los brazos hacia arriba.

—¿Qué? ¿De verdad?

Anabel me abrazó y recordé cómo nos saludábamos cuando nos veíamos después de un tiempo, notando aquellos dos senos contra mi esternón. Claro que ahora era distinto y ella estaba totalmente desnuda.

—¿Me estabas esperando en la cama para celebrarlo? —pregunté riendo.

Ella negó con la cabeza y sonrió.

—Adivina —dijo besándome en el hombro.

—¿Que adivine qué?

—Por qué estoy en la cama —dijo ella quitándose las sábanas de encima y mostrándome su sexo depilado y empapado.

—¿Te has estado tocando?

Ella negó con la cabeza de nuevo y señaló hacia un rincón del dormitorio. Miré hacia allí y vi una pequeña maraña de papel higiénico en el suelo.

—Ahí está tu respuesta —dijo acariciándose el vientre.

Me puse de pie y me dirigí hacia allí, con algo de miedo, lo

reconozco. Me agaché hacia el papel higiénico y, al tocarlo, noté algo caliente en su interior. ¿Qué podría ser? Me di la vuelta hacia ella y asintió con la cabeza.

—Puedes curiosear si te apetece —me dijo.

Le hice caso y desenvolví el papel, descubriendo en su interior un condón lleno con un nudo. Al descubrir aquello, pegué un grito y lo dejé caer al suelo.

—¿Se puede saber qué es todo esto? —exclamé con enojo.

—Ahí tienes la respuesta, Luquitas mío. Me folló mi entrenador de pilates.

—Tu ¿qué? —grité apretándome la cara con las palmas de las manos.

—Sí, quise contártelo antes de que pasase, pero te habías dejado el móvil en casa y…

—A ver, Anabel, no me jodas, ya sé que eres liberal y todas esas cosas, pero no me esperaba esto tan pronto y por tu cuenta —dije mirando hacia el suelo, pero, como no me respondía, volví a mirarla y la descubrí a cuatro patas.

—Lo hice con condón, ya lo has visto, y para mí tú eres el mejor y el único que puede correrse dentro —dijo girando la cabeza hacia mí —. Pero estoy a punto para ti, mi profesor no la tiene como tú, y necesito a mi Luquitas para que me dé fuerte.

—Anabel, por favor, ahora no tengo ganas de eso —dije notándome la cara ardiendo.

De repente recordé al joven con el que me crucé al entrar en mi edificio.

—Espera, espera, ¿cómo es tu profesor de pilates?

—Pues de pintas como Miguel, aunque está más fuerte.

—Joder, joder, ¡si me lo acabo de cruzar!

—¿Ah?, ¿sí? Claro, es verdad, se acaba de ir —dijo moviendo el trasero—. Te lo iba a presentar, pero al final no has llegado a tiempo. A lo mejor nos hubiésemos montado un trío. ¿Te dije que es bisexual?

Suspiré y me llevé la mano a la cara. Aquello era algo que me costaba digerir. Me había llegado a imaginar una vida junto a Anabel y creía que ella, al estar conmigo, se separaría poco a poco de aquel mundo. Pero, claro, era imposible porque yo trabajaba para Eli, y todo a su alrededor respiraba ambiente liberal.

—Ven aquí, celebremos que van a hacerte fijo —dijo ella abriendo aún más las piernas—, no seas tan cortarrollos, que no te pega.

—Voy a dar una vuelta —dije saliendo rápidamente del dormitorio.

Enseguida divisé mi móvil en la mesita que había junto al sofá de piel desgastada. Lo cogí y salí corriendo de allí, no sin antes escuchar a Anabel gritar:

—¡*Cuñi*! ¡*Cuñi*! ¡Hasta que no vengas y me des duro, no voy a dejar

de llamarte *cuñi*!

Pensé en coger el metro y bajarme en cualquier parada al azar, pero antes desbloqueé mi teléfono, al cual solo le quedaba un veinte por ciento de batería, y miré los mensajes que tenía. Uno de ellos era de Dafne. Después de ver que había borrado varios mensajes, leí el último, que consistía en un párrafo bastante grande:

Hola, Lucas. No sabía si llamarte o no, pero al final he optado por escribirte. Te echo de menos, no sé por qué, pero cada dos por tres me acuerdo de ti. Creía que la vida en Asturias sería distinta con Miguel, pero al final me he dado cuenta de que todo eran fantasías mías, fruto de estar mal contigo. Necesitaba algo nuevo, volverme a enamorar, y sí, siento algo por él, claro que sí, pero tengo muchos más recuerdos tuyos, por muy mal que estuviésemos a veces y aunque nuestra vida sexual diese un poco de pena. Después de pasar las primeras semanas de pasión con él, me he sentido vacía y aburrida. Al final Miguel es alguien que nunca podrá aportarme nada más allá de lo que hagamos en la cama o con otras personas (algo que no me apetece hacer, sinceramente). Me da rabia tener que explicártelo así, pero por mensaje se me da mejor contarte lo que siento. Dicho lo anterior, me gustaría que nos viésemos algún día, no sé cuándo ni dónde, pero me gustaría que hablásemos cara a cara, que me cuentes cómo te va la vida con mi hermana, si eres feliz y cómo es tu trabajo. Yo ahora estoy buscando empleo, pero no es fácil en este pueblo, y Miguel no quiere que trabaje con él. Lo que sé bien es que no soy como Anabel, no puedo conformarme con ser ama de casa, hacer deporte y cotillear con las vecinas. Lo siento, pero no puedo.

Te mando un beso, y quedo a la espera de tu respuesta.

La cara de tonto que se me quedó al leer aquel mensaje solo la saben las personas que pasaron a mi lado en la calle. Sabía perfectamente que Dafne intentaría volver conmigo. ¿Qué se pensaba? ¿Cómo fue capaz de pensar que con Miguel todo sería perfecto? Lo curioso era que leí el mensaje en el momento idóneo, ya que, si lo hubiese visto cuando lo envió hacía cinco horas, quizá le hubiese dicho que siguiese con su vida, que yo tenía la mía y bastante me había costado empezar de nuevo. Pero no, el mensaje apareció cuando más lo necesitaba. Por eso, en vez de borrar la conversación o bloquearla, le contesté de inmediato, casi sin pensar, los dedos iban solos y escribían lo que les dictaba mi subconsciente.

Hola, Dafne, me encantaría volver a verte, aunque solo fuese para tomar un café. Pero no sé bien cómo podríamos quedar, ya que no vivimos en la misma ciudad… ¿Puedo hacerte una pregunta?

Tardó en responderme un minuto. Seguro que estaba pegada al móvil.

¿Te va bien que te llame?

Sonreí y comencé a caminar hacia la parada de metro, aunque no bajé las escaleras. En ese momento, sonó el teléfono y miré la pantalla. Era Anabel. Silencié el móvil y llamé de inmediato a Dafne.

—¡Lucas! —exclamó ella al otro lado de la línea. Me reconfortó volver a oír su voz.

—¡Ey! ¿Cómo estás? —exclamé yo también. Mi disgusto con Anabel se había evaporado.

—Pues, ya ves, así así, con muchas dudas en cuanto a todo. Esto me pasa por ser tan inquieta.

—Y trabajadora.

—Ay, sí, cómo echo de menos el hospital. ¿Qué me querías preguntar?

—¿Qué hiciste con la casa de Sa Ràpita?

—¿Eh? Pues ahí la tengo, buscando inquilinos. ¿Por?

—Nada, simple curiosidad, porque yo también recuerdo todos los años que pasamos allí.

—¿Tú también? Buf, ojalá no me sintiese así, de verdad, pero he actuado como una niñata. Todo por entrar en ese juego una vez, y luego imaginarme que estaba enamorada de Miguel. Y sí, creo que estoy enamorada de él, pero no sé, no puedo, de repente, sentir por él lo que siento por ti al haber estado tantos años juntos. Me hago mayor y la magia del principio no me dura como cuando era una adolescente, necesito algo más.

—Es normal, a mí también me pasa, aunque no tengo quejas del trabajo o de Anabel. Aunque, bueno…

—¿Y ese bueno?

—Digamos que tu mensaje ha llegado en el momento idóneo. Anabel me acaba de contar que se ha acostado con su profesor de pilates.

—¿Qué?

—Sí, así sin más, porque le dio la gana. Sé que ella es liberal y no va a cambiar por nada del mundo, pero pensaba que se lo tomaría con calma.

—No la conoces tú bien…

—Pues no, y no sé si quiero que esto suceda día sí, día también.

—Oye, cambiando de tema… ¿De verdad pensabas en la casa de Sa Ràpita?

—Sí, Madrid a veces se me hace algo agobiante con tanto edificio, coches y cemento.

—¿No has ido al Retiro?

—Sí, estuve un par de veces cuando salía del trabajo, pero ir solo no me gusta. Con Anabel hacemos pocos planes, y lo único que quiere hacer los fines de semana, cuando tengo más tiempo, es ir a locales liberales. Tenemos unos cuantos cerca de casa.

Dafne soltó una carcajada.

—Supongo que sabía lo que hacía cuando buscó piso, ¿verdad? —preguntó ella.

—Yo qué sé, de momento no me apetece pisar esos sitios.

—¿Puedo preguntarte algo yo?

—Sí.

—En cuanto al sexo… ¿Tanto has cambiado?

Sonreí y me mordí el labio inferior.

—¿Te lo contó Anabel?

—Sí, algo me dijo la Nochevieja pasada. Pensar que conmigo no aguantabas nada y…

—Hombre, todo es entrenamiento y controlar la mente, pero sí, ahora no me detiene el primer orgasmo —dije susurrando, ya que no quería que me oyese nadie.

Dafne rio, y yo ya sabía qué era lo que me iba a proponer a continuación. Tardó en volver a hablar.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuándo crees que podríamos tomarnos ese café?

Dafne (nueve meses después)

Nunca imaginé que un año daría para tanto, tantas sensaciones, sentimientos y cambios. Pero sí, hacía solo un año, Lucas y yo teníamos una vida anodina en Sa Ràpita, hastiados el uno del otro sin decirnos realmente lo que odiábamos de nuestra pareja, sin confianza, sin ganas de arreglar nada, dejando morir la relación como hacía la mayoría de las personas en nuestro lugar.

Pero gracias a mi hermana y a Miguel, y gracias a que hubo todo aquel huracán que lo destruyó todo, pudimos recomponer los pedazos que quedaban y crear la supuesta relación perfecta. Porque no me creo que pueda haber fallos tarde o temprano, y quizá acabemos algún día separados definitivamente. Pero, mientras tanto, disfrutemos de lo que aún sentimos.

Era de noche y esperaba a que Lucas llegase del trabajo sentada en el sofá. A mí me habían vuelto a contratar en el hospital gracias a que una de mis excompañeras se había marchado meses atrás. Y sí, gracias también a mis años de experiencia. Estaba muy por delante de la mayoría de jóvenes que echaban currículums para entrar.

Tenía puesta música en el televisor, y en aquel momento sonaba una canción de Olga Guillot, una de mis favoritas en cuanto a boleros:

… Soy el pecado que te dio nueva ilusión en el amor. Soy lo prohibido. Soy la aventura que llegó para ayudarte a continuar en tu camino…

Dirigí la mirada hacia donde el año anterior estaba el arbolito de Navidad y sonreí por no ver nada allí. Al fin Lucas y yo nos pusimos de acuerdo y, al menos por aquel año, lo dejamos pasar. Un motivo menos para discutir.

Sonó el timbre y de un salto corrí a abrir la puerta.

Era Kevin, nuestro vecino.

—¡Hola! ¿Cómo va todo? ¿Puedo hacerte una pregunta? —exclamó él con alegría.

—Sí, claro.

—¿Eres la hermana de Anabel?

—Sí, ¿la conoces?

—Por supuesto, coincidimos alguna que otra vez en la península, en…

—Ya, ya, no hace falta que me des explicaciones, sé en qué mundos se mueve mi hermana —dije cruzándome de brazos, pero sonriendo.

—Pues eso, en realidad no venía para preguntarte por ella, sino para

invitaros a casa para pasar la Nochevieja. ¿Tenéis algún plan? Supongo que sí, pero es solo por si acaso.

—Pues… Este año será un poco rarito en cuanto a celebraciones, y no creo que veamos a mis padres o a los de Lucas. Mira, se lo comento a él cuando llegue y te digo, ¿ok?

—¡Genial! Vuelvo a casa, que tengo algo en el horno y las chicas están al caer —dijo riendo.

—Muy bien, dales saludos de mi parte.

—¡Serán dados! —dijo mientras se alejaba, cruzando la calle.

Escuché el motor de un vehículo acercarse y salí al porche para ver si era Lucas. De verdad que aquella Navidad hacía muchísimo frío y yo solo llevaba puesto un camisón largo negro y unos zapatos de tacón. Vi los focos del coche de Lucas iluminar la calle, acercándose a poca velocidad. Aparcó detrás del vehículo de Kevin. Lo saludé con la mano y él salió a toda prisa para darme un fuerte abrazo.

—Te quiero —me dijo al separarse de mis labios. Me encantaba cómo le quedaba aquel traje negro a medida con la corbata roja que le compré al volver a Mallorca.

—¿Qué tal te fue hoy?

—De arriba para abajo, preparando lo de la fiesta de enero en casa de Eli. Pero ya tenemos casi todo listo.

—Vamos, ven, que no quiero pasar las fiestas resfriada.

Me dio un cachete en el trasero y yo respondí dándole otro a él.

Me hubiese gustado haber tenido mi teléfono a mano para grabar la reacción de Lucas cuando vio aparecer a Anabel tras la puerta de la cocina. Iba vestida tal y como yo le había pedido: camiseta negra sin mangas, minifalda vaquera ajustada y zapatos de cuña oscuros. Estaba arrebatadora.

Por supuesto, la calefacción la tenía a tope para poder estar vestidas como quisiésemos.

—¡Sorpresa! —gritó ella corriendo hacia él.

Lucas se quedó paralizado, pero finalmente abrió los brazos y se dieron un fuerte achuchón. Al hacerlo, la levantó unos centímetros del suelo. Después, él se giró hacia mí con la ceja levantada y una sonrisa contenida.

—Lo sé, no me mates, pero esta casa también es de Anabel y… —comencé a explicarle.

—Lo he dejado definitivamente con Miguel —confesó Anabel con expresión seria.

—Yo… L-lo siento —dijo Lucas estirando el brazo hacia ella, pero deteniéndose antes de tocarle el hombro desnudo—. ¿O sea q-que ahora vivirás a-aquí? —preguntó él y enseguida me miró, como intentando disimular alguna reacción inesperada.

—Sí, *cuñi*, al menos de momento. Pero prometo no molestaros

mucho, ¿vale?

—Recuérdalo bien, nada de traer ligues cada dos por tres —le advertí señalándola con el dedo.

—Prometido, seré una niña muy muy buena y santa —dijo ella mostrándome la palma de la mano y sonriendo.

Lucas no podía dejar de echarle un ojo de vez en cuando a sus piernas. Lo conocía tan pero tan bien…

—¿Qué vamos a cenar? —preguntó él.

—¡Chino! —gritó Anabel como si fuese una niña pequeña caprichosa.

Él rio y miró hacia la televisión. En ese momento, sonaba una canción de Luis Miguel y Anabel corrió a cambiarla.

—Vaya moñas estáis hechos con la música —dijo ella cogiendo su móvil para cambiar la canción—. Pero, vale, si os gusta lo moñas, como estamos en Navidad, ¿por qué no ponemos Mecano?

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Por la canción esa de *marineros, soldados, solteros, casados…* —dijo tarareando.

—Ah, sí, la de *Un año más* —dijo Lucas mirando hacia la televisión.

Tras poner la canción, cogí a Lucas por la cintura y le besé el cuello. Anabel nos miró de pasada y se marchó hacia el sofá.

—Creo que ya va siendo hora de que le muestres algo a Anabel —le dije a Lucas mientras me separaba de él.

—¿Ah?, ¿sí? ¿El q-ué? —dijo con los ojos muy abiertos y sorprendido.

—Tranquilo, no voy a obligarte a hacerle un estriptís. Saca tu teléfono —dije yendo hacia mi hermana. Me senté cerca de ella, pero dejé un espacio entre las dos—. Ven, ven —le ordené.

Él me hizo caso y se sentó en medio de las dos, ya tenía el teléfono en la mano.

—Creo que mi hermana debería ver sus fotos ahora que no hay secretos entre ninguno de los tres —le dije mientras le acariciaba la espalda.

—¿Q-qué dices? —exclamó él mirando a Anabel.

—¿Ah?, ¿sí? ¿Qué fotos son esas? —dijo ella sonriendo.

—No, a-a ver… E-es una t-tontería y no c-creo que ahora… —tartamudeó él con la mano temblorosa.

—Amor, de verdad, no pasa nada —le dije dándole un beso en la mejilla—. Es para hacer tiempo hasta que nos traigan la comida y para echarnos unas risas.

—¡Eso, eso! ¡A ver esas fotos! —exclamó Anabel mirando hacia el teléfono y haciendo ademán de cogérselo.

—¿En serio tengo que enseñárselas? —me preguntó colocándose el móvil en el pecho.

—Si no lo haces tú, lo haré yo. Me sé la contraseña —dije riendo.

—E-está bien, ganáis, p-pero luego no quiero malos rollos, ¿eh? —dijo él reclinándose en el sofá.

—¡Prometido! —dijo Anabel mostrando la palma de la mano.

Él desbloqueó el móvil, fue directamente a la carpeta con contraseña y abrió la primera foto. Cerró los ojos y estiró la mano, como queriendo separarse del teléfono.

—Venga, venga, explícanos un poco tu técnica de fotógrafo indiscreto —bromeé inclinándome hacia el móvil. Anabel hizo lo mismo y se quedó ojiplática.

—¡Eh! ¡Esas son mis piernacas! —exclamó ella con una amplia sonrisa.

—¿A que no te molesta? —le pregunté mientras Lucas aún tenía los ojos cerrados.

—¿Por qué me iba a molestar? Joder, sabía que te gustaban mis piernas, pero no sabía que las coleccionabas —dijo Anabel acariciándole el hombro a Lucas.

—D-de verdad, n-no hace falta… —dijo él abriendo los ojos y disponiéndose a cerrar la carpeta.

—No, venga, pasa a las siguientes —ordené.

—Está bien…

Y así, una tras otra, fuimos viendo las fotos de las piernas de Anabel. En algunas aparecía también su trasero, en otras también su espalda o de cuerpo entero. Eso sí, casi todas eran en verano o en mayo, y en algunas salía con bañador, con falda o vestido corto. Era increíble la cantidad de fotos que tenía, pero a mí no me sorprendió volver a ver aquello, ya que me lo confesó y enseñó nada más volver a Mallorca.

Pobre Lucas, ¿qué podía hacer él si le gustaba tanto mi hermana? Al menos por fuera, claro, porque no creía que le cayese bien con lo loca y chabacana que era a veces.

Al acabar de ver todas las fotos y comentarlas con humor, Anabel se levantó del sofá y se quedó de pie frente al televisor. Sin duda, los tacones le sentaban fenomenal.

—*Cuñi*, me flipa que seas tan fan de mis piernas, de verdad. Gracias a tus fotos, me doy cuenta de que tengo un cuerpazo, aunque sea algo bajita. Aquí donde me ves, tengo mis complejos, pero esto me los hace olvidar en un segundo —dijo chasqueando los dedos.

En ese momento, sonaba el final de la canción *La fuerza del destino* que se había reproducido después de los anteriores temas que habían sonado de Mecano.

… Pero la fuerza del destino nos hizo repetir, que si el invierno viene frío, quiero estar junto a ti…

—Ya lo he hablado con Anabel —dije de sopetón—, y podéis acostaros cuando queráis, no tengo problemas, pero prefiero que lo hagáis cuando no estoy en casa.

—¿C-cómo? —exclamó Lucas poniéndose de pie.

—Sí, *cuñi*, por mi parte está todo solucionado, y perdona que te lo diga así, pero nunca estuve enamorada de ti —dijo ella acariciándole el brazo—. Por eso, para mí nuestros meses en Madrid fueron solo eso: una aventura. Con lo buenazo que eres, era imposible que estuvieses con una loca como yo.

—Sí, eso es cierto, p-pero…

—Sé que aún la deseas y no quiero que te reprimas y vuelvas a lo de antes —lo interrumpí mientras me levantaba del sofá—. Me he dado cuenta de cómo tartamudeas cuando te pones nervioso estando con ella, desearla es algo que no puedes evitar. Si fuese con una extraña, quizá sería más difícil aceptarlo, pero es ella, mi hermana, y entre nosotras nos lo contamos todo. Y quiero que siga siendo así.

Anabel apoyó la mano en el hombro de Lucas para que se diese la vuelta y la mirase.

—No dije que no me gustases, dije que no estaba enamorada, *cuñi*, aún recuerdo tu cosota y lo bien que la movías —dijo riendo—. Además, para el amor ya tienes a Dafne, y está bien así, ¿no crees? Los dos estáis hechos el uno para el otro, y más ahora que habéis resuelto vuestros problemillas en la cama, ¿verdad?

Ambos asentimos con la cabeza y nos sobresaltamos al escuchar el timbre de casa. Corrí a abrir y recoger la comida china. Y cuando regresé junto a ellos, los descubrí mirándose fijamente a los ojos, con expresión coqueta. En fin, me dije, tendría que aceptar que también ocurriría estando yo en casa, pero al menos no en la misma habitación.

Quizá esa noche me acostaría sola, pero a la madrugada sabía que Lucas volvería junto a mí para darme las buenas noches con un tierno beso en los labios. Y quizá tendría aún fuerzas para follarme y contarme al oído cómo lo había pasado con Anabel mientras se corría de nuevo sobre mi vientre.

Agradecimientos

Gracias a todos los lectores de mis anteriores novelas y libros de relatos y, por supuesto, gracias a los seguidores de glameterna.com que también han confiado en mis obras, da igual si se han leído varias páginas o los libros enteros, quizá algún día retomen la lectura y los devoren por completo.

En segundo lugar, quiero agradecerle a mi correctora María Bravo todo el trabajo que ha hecho con este libro y los consejos que me ha dado. Todo lo anterior es indispensable para tener una obra acabada como esta al cien por cien.

Además, quiero agradecerle enormemente a Nana Moonish, la ilustradora, su trabajo en este libro de relatos. El dibujo de la portada es sin duda un acierto y es lo que le da a esta obra una imagen acorde con lo que hay en su interior.

Por último, quiero agradecer en silencio, sin citar a nadie en concreto, solo con mi pensamiento, a todas aquellas personas que me han inspirado para escribir esta obra. Qué bello debe ser eso de ignorar por completo que puedes servir de inspiración a personas como yo, que se fijan en instantes de la vida, momentos fugaces e intensos, posibilidades infinitas que se crean en tu mente, te remueven por dentro y te inspiran para crear una novela como esta.

¿Te ha gustado este libro?

Para mí, *Como si nadie nos viese* es y será siempre mi segunda obra literaria y por ello tu opinión es muy importante. Tu reseña es fundamental para que otras personas se interesen por este libro y llegue a ellos y ellas. Escribe tu opinión en la ficha de este libro en Amazon.

Te agradezco de corazón tus comentarios, ya que los leo uno a uno y eso me sirve para mejorar y tenerlos en cuenta para mis futuros proyectos.

Gracias.

Acerca del autor

¡Hola! Soy Kay Nuit, creador de la web glameterna.com, un lugar para hablar de libros, pero también sobre películas y series de temática liberal. También en dicha web comparto todo tipo de información relacionada con las relaciones liberales, un tema que me apasiona y por eso escribo las historias que acabas de leer (y muchas más que están por llegar).

En el pasado dediqué gran parte de mi vida al mundo audiovisual e incluso trabajé en la televisión autonómica de Baleares, pero finalmente opté por hacer lo que más me ha llenado: escribir (entre otras cosas que hay que hacer para ganarse la vida). Porque en su momento escribía guiones que luego grababa en producciones de bajo presupuesto, pero siempre se perdían muchísimas historias y personajes en el camino. Y, además de lo anterior, no podía ser realmente yo, ya que el mundo audiovisual en sí está censurado (sobre todo, para el tema sexual) y no eres libre de mostrar aquello que de verdad sientes y quieres.

Tras estrenar mi primera película, me sentí totalmente vacío y rodeado de personas que no tenían nada que ver conmigo. Esperaba sentirme de otra forma y, tras pensar lo bien que me había sentado crear un cortometraje sobre amor (en parte) meses atrás, decidí escribir historias fantásticas con trasfondo romántico y erótico. Y lo hice, retomé esa pasión que un día a los catorce años había iniciado. Aunque en aquel momento me llamaron más las cámaras y los focos.

Actualmente, disfruto escribiendo historias con gran carga erótica y sentimental, un mundo plagado de personajes que sufren por amor y esperan mucho más de su vida. El sexo juega un papel fundamental en dichas novelas, pero, sobre todo, quiero reflejar aquello que tan poco veo en el mundo real: la sinceridad unida al deseo, tanto en solteros como en parejas. Y las segundas oportunidades, el que hay salida para todo, sea como sea la situación a la que te enfrentes.

Otras obras del autor

Descubre el resto de mis novelas y también mis libros de relatos eróticos y sobre temática liberal en mi web:

glameterna.com

¿A qué esperas? ¡Venga! Aquí no acaba todo y lo mejor es que todas las historias suceden dentro de un mismo universo, ¿o debería decir en el mismo barrio?

Seguramente quieres saber más sobre Kevin y su novia, los vecinos de Lucas y Dafne. Pues ¿sabes qué? Tienen su propia novela y se llama… *El sexo de las gardenias*. Pulsa aquí.

Por cierto, si te suscribes vía *e-mail* en mi web, te llevarás de regalo un relato erótico exclusivo que no podrás leer en otra parte. ¿Y para qué suscribirte con tu correo electrónico? Para recibir cada semana lo mejor de la web y las últimas novedades en cuanto a historias sobre temática liberal, romántica o erótica.

¡Nos vemos en la siguiente aventura!